

La muralla Engel/Paris y la necrópolis protohistórica de Osuna

Juan Antonio PACHÓN ROMERO¹ & José Ildfonso RUIZ CECILIA²

Resumen

Durante las excavaciones arqueológicas realizadas en Osuna en el año 1903 por A. Engel y P. Paris, junto al Camino de San José, se exploró una muralla en una longitud de casi 100 m. que se asentaba sobre una necrópolis. En 1973 R. Corzo continuó las excavaciones en el punto en el que habían sido abandonados los trabajos por los franceses. Tanto éstos como Corzo fijaron su cronología hacia el s. I a.C., poniéndola en relación con los acontecimientos narrados en el *Bellum Hispaniense*. Sin embargo, el análisis de nuevas aportaciones surgidas durante los últimos años lleva a pensar que la datación de este elemento defensivo debe fijarse en un momento anterior. Para su discusión se considerarán tres aspectos, a saber, la técnica constructiva empleada en el muro, su probable época de erección y el valor funerario del sitio.

*Abstract*³

In the archaeological explorations made next to Camino de San Jose in Osuna in 1903 by A. Engel and P. Paris, it was excavated an almost 100m long wall which was situated over a necropolis. In 1973 R. Corzo continued the excavations gave up by Frenchs. According to both Frenchs and Corzo, the wall dates from about 1st BC and it is connected with the events narrated in the *Bellum Hispaniense*. However, the new contributions appeared in the last years lead us to think this defensive element dates from an earlier time. In order to make sure of that, we are going to consider three aspects: the construction technique used, its probably erection time and the funeral value of the site.

Palabras claves: Urso, muralla, necrópolis, ibérico.

1. Grupo de Investigación PAI. HUM 143, Universidad de Granada/Junta de Andalucía y Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, japr@arrakis.es

2. Grupo de Investigación PAI. HUM 152, Univ. Sevilla/Junta de Andalucía y Ayuntamiento de Osuna, joseildefonso@hotmail.com

3. Agradecemos a D.^a Laura Moreno de Soto la versión inglesa del resumen que presentamos.

Introducción

Un reciente estudio colectivo sobre las fortificaciones en la época del final de la República Romana en la Península Ibérica⁴ ha servido para aportar nuevos referentes al debate interpretativo de la muralla que Arthur Engel y Pierre Paris excavaron a lo largo de 1903 en Osuna, Sevilla⁵. Esta nueva aportación⁶ rechaza la interpretación tradicional sobre la época de construcción de dicho muro, retrotrayéndolo a un momento indeterminado del horizonte prerromano, en base a datos técnicos de su fábrica; con ello se rechaza, al mismo tiempo, la idea aportada por los investigadores franceses de principios de siglo pasado, cuando indicaron que la construcción defensiva había sido una obra de fortuna⁷, al amparo de las escaramuzas militares entre César y los pompeyanos por las campañas del Guadalquivir. En defensa de esta novedosa propuesta se hace también hincapié en la posterior excavación de Ramón Corzo⁸, de quien se dice podría haber mediatizado los resultados de su análisis de campo de 1973 en Osuna, en la búsqueda unívoca de la demostración de la idea interpretativa de aquellos investigadores franceses. En la revisión que ahora se efectúa se incide, igualmente, en que las fosas funerarias que señalara R. Corzo no serían tales, por lo que todas cabría achacarlas al mismo momento constructivo de la muralla e interpretarlas como espacios domésticos sin ningún valor mortuario y anteriores al

4. A. MORILLO, E. CADIOU y D. HOURCADE, (eds.), *Defensa y territorio en Hispania de los Scipiones a Augusto (Espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales)*, Universidad de León y Casa de Velázquez, León, 2003.

5. A. ENGEL et P. PARIS, "Une forteresse ibérique à Osuna (fouilles de 1903)", *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, XIII, (1906), pp. 357-491. *Idem*, *Una fortaleza ibérica en Osuna*. Estudio preliminar, traducción y facsimil de J. A. Pachón, M. Pastor y P. Rouillard, Editorial Universidad de Granada, Ayuntamiento de Osuna y Caja General de Ahorros de Granada, Granada, 1999.

6. D. HOURCADE, "Les murailles des villes romaines de l'Hispanie republicaine et augustéenne: enceintes ou fortifications du territoire urbain", en A. MORILLO *et alii*, *op. cit.*, pp. 295-324, nota 4.

7. A. ENGEL et P. PARIS, *op. cit.*, p. 390, nota 5, donde textualmente se señala:

Un des résultats les plus certains des fouilles est, selon nous, y nous y avons insisté à plusieurs reprises déjà, d'avoir prouvé que toutes les constructions, y compris la muraille forte elle-même, ont été exécutées rapidement, pour parer à un péril urgent.

8. R. CORZO, *Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Serie de Filosofía y Letras, 37, Sevilla, 1977a; *Idem*, "Osuna. Excavaciones de la muralla republicana, 1973", *NAH, Arqueología*, 5, (1977b), pp. 137-143; *Ibidem*, "Arqueología de Osuna", *Archivo Hispalense*, 189 (1979), p. 121.

conflicto cesáreo-pompeyano. Por su parte, los vestigios arqueológicos del sitio, que parecen mostrar arrasamiento y destrucción de edificaciones preexistentes, podrían asociarse a la edilicia posterior en función de la transformación de la ciudad indígena en *Colonia Genetiva Iulia*⁹.

Al escribir estas líneas pretendemos seguir defendiendo una propuesta tradicional en nosotros: la existencia de una necrópolis subyacente en el mismo lugar donde se levantó la muralla Engel/Paris de Osuna. Posición que no supone una oposición frontal a las hipótesis planteadas por D. Hourcade, sino sólo exponer algunas matizaciones que todavía pueden seguir sirviendo de base para la verificación de nuestra propuesta: el uso de aquel espacio original como necrópolis.

En este sentido, hemos de recordar que alguno de nosotros también ha aceptado en otros sitios el origen pompeyano de la muralla Engel/Paris de Osuna, lo que no representa que estemos cerrados igualmente a admitir cualquier otra valoración suficientemente apoyada en la fuerza de los razonamientos lógicos y de las evidencias arqueológicas. Pero, admitiendo siempre que, en ocasiones, la lógica interpretativa puede llegar a chocar frontalmente con los datos históricos y arqueológicos, haciendo necesaria la revisión y modificación de cualquier presupuesto propio o ajeno.

No cabe duda de que la factura del muro en cuestión difícilmente podría hacerse coincidir plenamente con una construcción ortodoxa romana, que hubiese seguido fielmente los cánones vitrubianos, pero esa empresa podría haber sido también imposible con Roma en circunstancias extremadamente adversas; por eso, cuando Engel y Paris se empeñaron en relacionar su edificación con los avatares y urgencias propios de un conflicto militar *in situ*, Corzo encontró también un sólido apoyo para la interpretación de una excavación como la suya, repleta de no pocas problemáticas.

Pese a todo, resulta evidente que las afirmaciones de Corzo al respecto tampoco resultaron completamente afortunadas por el recurso de recurrir a Vitrubio, aunque conviene señalar -y es algo que no debiera olvidarse- que también se aprecia muy romana la existencia de torres curvilíneas situadas equidistantemente en los paños de la muralla Engel/Paris. Tampoco merecería la pena perder de vista la comprobación de que la situación del muro no acaba resultando muy clara, en cuanto a su posición respecto de los núcleos habitados prerromanos que actualmente

9. D. HOURCADE, *op. cit.*, pp. 308-309, nota 6.

podemos reconocer en Osuna¹⁰ (fig. 1). Es posible que uno de esos hábitats sea necesario situar en el Cerro de la Quinta¹¹, al sureste del lugar donde se localiza la muralla, entre la antigua carretera de Granada y los antiguos garrotales de Postigo y Engel; otro, tendríamos que ubicarlo en las alturas que conforman los Paredones y el núcleo monumental de la Colegiata-Universidad¹², como permiten confirmar los hallazgos recientemente registrados en la Cuesta de los Cipreses¹³; quedando aún la posibilidad de ubicar un tercero en las alturas del Cerro de las Canteras¹⁴.

De todos modos, el problema sigue siendo la adecuación temporal y la precisa localización de todos ellos. Esta dispersión habitacional, si no lo fue también cronológica, coloca aquellos garrotales en una posición espacial intermedia e indeterminada por su difícil relación con cualquiera de aquellos tres lugares de asentamiento. Junto al Cerro de la Quinta, la situación de la Vereda de Granada, dispuesta entre aquél y la elevación de las Canteras, implica -entre ambos- una divisoria evidente que abre la posibilidad de preguntarnos si Vereda y Quinta tuvieron

10. Una propuesta de actualización sobre esta cuestión puede encontrarse en J. A. PACHÓN, "Modelos de asentamiento en la Osuna prerromana", en F. CHAVES (ed.), *Urso a la búsqueda de su pasado*, Ayuntamiento de Osuna, Universidad de Sevilla, Osuna, 2002, pp. 53-98.

11. No vamos a entrar ahora en la discusión de la aparente muralla que podría recorrer parte del espacio que cubre este sitio y que uno de los que suscribe este trabajo ha puesto en cuestión en otras publicaciones (J. A. PACHÓN, *op. cit.*, pp. 66-67, nota 10 y notas correspondientes). Sólo destacar que la factura superficial exterior de esta "muralla" nada tiene que ver con el armazón pétreo de la construcción Engel/Paris.

12. En este último sitio se conocen materiales del Bronce Final (retícula bruñida) y elementos turdetanos y republicanos, evidenciados en un seguimiento de urgencia en las obras de adecentamiento de los alrededores de la Universidad de Osuna, controlado por uno de nosotros: J. I. RUIZ CECILIA, "Control arqueológico en la plataforma exterior de la Universidad de Osuna (Sevilla), 2002", AAA'02 (e.p.).

13. E. FERRER, J. I. RUIZ CECILIA y F. J. GARCÍA, "Los orígenes de Osuna. Urso en el Bronce Final y en el Periodo Orientalizante", en F. CHAVES (ed.), *op. cit.*, pp. 99-145, nota 10; J. I. RUIZ CECILIA, "Seguimiento arqueológico en la Cuesta de Los Cipreses, Osuna (Sevilla), 1998/99", AAA'98, III, vol. 2, (2001), pp. 1062-1073. A ambos márgenes del final de la Cuesta de los Cipreses también se han documentado evidencias de este momento: *Idem*, "Intervención arqueológica de urgencia en C/ Caldenegros, Osuna (Sevilla), 2000/01", AAA'01, III, vol. 2, (2004), pp. 929-936; *Ibidem*, "I Fase de la I.A.U. en los terrenos municipales de la Farfana Alta, Osuna (Sevilla), 2002", AAA'02 (e.p.). Todos estos hallazgos se centran en torno al Cerro de los Paredones: *Ibidem*, *Testimonios Arqueológicos de la Antigua Osuna*, tesina inédita, Universidad de Sevilla, 2004, pp. 82-90.

14. Véanse estas argumentaciones y hallazgos en J. A. PACHÓN, *op. cit.*, p. 70, nota 10.

la misma significación utilitaria. La Vereda, en su simple uso como lugar de tránsito, podría ejemplarizar una sencilla vía urbana, como quizá lo fuese en época romana; pero la utilización en cierto tiempo de parte de tal vereda, en las inmediaciones del muro en cuestión como necrópolis (Las Cuevas), abogaría también por la idea de que ese uso funerario hubiese representado una mera ampliación de los lugares de enterramiento anteriores, que queremos seguir viendo en los garrotales Postigo/Engel y que pudieron ser necrópolis de alguno o de varios de los cercanos lugares de hábitat. Esta cuestión no podrá ser verificada con exactitud hasta que nuevas excavaciones, con sentido y en extensión, determinen en todas estas áreas qué función real tuvieron y permitan -igualmente- apreciar la posible continuidad y relación de la traza del muro Engel/Paris con otros de la ciudad.

Como curiosidad, la visión actual de las piedras de las torres que se conservan de la muralla exhumada en 1903 (fig. 2) muestran un aspecto que, desde nuestra propia experiencia arqueológica, podría inspirar mejor una imagen prehistórica o protohistórica, en menor caso romana y -menos aún- la de una construcción canónica latina. Esto apoyaría una clara separación de la idea de una muralla tardo-republicana, pero también, si comparamos los vestigios Engel/Paris con los de otro muro curvilíneo al noreste, posiblemente otra torre, conservada en el Cerro de las Canteras, a más de 800 metros de aquélla (fig. 3), se podrán apreciar suficientes semejanzas que apuntan mejor hacia una más probable cercanía, fundamentalmente en la factura, porque lo temporal se presenta mucho más problemático. Si ambos muros resultasen iguales, o tan similares como parecen, cada vez podría parecernos más evidente que una cerca de tanta amplitud no pudo ser edificada en el momento tan reducido de las guerras cesáreo-pompeyanas, sino en un período mucho más dilatado y seguramente anterior, aunque ello no impediría reparaciones puntuales o ampliaciones que, consecuentemente, no conducirían a la misma fecha. Se abre así otra posibilidad, la de que el muro de 1903 se levantase en un momento bastante más tardío, pero que su configuración estuviese mimetizando el tradicional muro prehistórico del hábitat con sus torreones redondeados.

Creemos, además, que también existen condiciones razonables para debatir la afirmación de Hourcade de que ese muro fuese una muralla urbana¹⁵, al menos en ese sitio concreto que exploraron tanto los investigadores franceses como Corzo. Queremos indicar con esto que pensar en la posibilidad de ampliación de un recinto defensivo, superando el propio ámbito urbano de partida, aunque sólo afectara a determinadas áreas periurbanas, no debe tampoco desecharse y puede explicarse

15. D. HOURCADE, *op. cit.*, p. 302, nota 6.

atendiendo a necesidades militares, aunque no se trate estrictamente de las necesidades relativas al *Bellum Hispaniense*. En este sentido, no suponemos que sea muy descabellado considerar que las guerras púnicas impusieron en este mismo territorio determinadas prioridades que podrían explicar la presencia de arquitecturas militares concretas, aunque hubieron de materializarse en períodos algo más dilatados, sin la premura representada por una amenaza tan perentoria como el asedio de *Urso* por Julio César. Puede pensarse, así por ejemplo, en la ubicación de los campamentos que durante el invierno de 212 a 211 a.C. se establecieron en Osuna y Cástulo¹⁶ para proseguir el desarrollo de los acontecimientos bélicos de la Segunda Guerra Púnica, una vez superada la estación fría. Ello supuso disponer -para los ejércitos contendientes- de un tiempo suficiente que sí pudo haberse empleado, dado lo prolongado y lo alternativo del desarrollo de los acontecimientos, en la erección de elementos arquitectónicos defensivos de cierta envergadura, o en la transformación de algunas de las infraestructuras urbanas preexistentes. Por citar algún hecho relevante que ilustre este particular, caben recordarse las actuaciones edilicias de los

16. R. CORZO, "La Segunda Guerra Púnica en la Bética", *Habis*, 6 (1975), pp. 213-240. Otros aspectos más generales sobre este conflicto pueden seguirse, entre otras publicaciones en R. M. ERRINGTON, "Rome and Spain before the second punic war", *Latomus*, 29 (1970), pp. 26 ss.; G. V. SUMNER, "Rome, Spain and the outbreak of the second punic war. Some clarifications", *Latomus*, 31 (1972), pp. 470 ss.; G. CHIC, "La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218", *Habis*, 9 (1978), pp. 233 ss.; B. CAVEN, *The Punic Wars*, London, 1980; C. GONZÁLEZ WAGNER, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983, pp. 391 ss.; *idem*, "The carthaginians in ancient Spain from administrative trade to territorial annexation", *Punic Wars (Antwerpen, 1988)*, *Studia Phoenicia*, X (1989), pp. 145 ss.; P. BARCELÓ, *Karthago und die Iberischen Halbinsel vor den Barkiden*, Bonn, 1988; *Idem*, "Beobachtungen zur Entstehung der barkidischen Herrschaft in Hispanien", *Punic Wars, op. cit. supra*, pp. 167 ss.; P. GUÉRIN, H. BONET, C. MATA, "La deuxième guerre punique dans l'Est ibérique à travers les données archéologiques", *Punic Wars (Antwerpen, 1988)*, *Studia Phoenicia*, X (1989), pp. 193-204; F. CHAVES, "Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la segunda guerra púnica en el sur de la Península Ibérica", *Latomus*, XLIX, 3 (1990), pp. 613 ss.; J. M.^a BLÁZQUEZ y M.^a P. GARCÍA-GELABERT, "Los Bárquidas en la Península Ibérica", *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, I, Roma, 1987 (1991), pp. 27 ss.; J. L. LÓPEZ CASTRO, *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Roma, 1995; P. OLIVA, "Los púnicos en tierras andaluzas", en J. A. LACOMBA (coord.), *Historia de Andalucía*, Ágora, Málaga, 1996, pp. 83 ss.; B. COSTA y J. H. FERNÁNDEZ (eds.), *La Segunda Guerra Púnica en Iberia*, XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1998), Eivissa, 2000.

Flor. II. 16 (2005), pp. 383-423.

proyectos económicos y políticos de los Barca en la Península, con un magno reflejo en las obras que se programaron y ejecutaron en Cartagena, donde se han descubierto elementos defensivos helenizantes, con paralelos en Mozia, Sicilia¹⁷. Esto significaba la existencia de planes constructivos muy ambiciosos, lejos de cualquier improvisación y sujetos a la implicación técnica de los mejores especialistas del momento, como probaría en casos más especiales el concurso del mismísimo Arquímedes¹⁸ en la defensa de Siracusa, también en Sicilia.

Por otro lado, si el uso del espacio donde se levantó el muro de Osuna seguimos considerándolo como una necrópolis, la muralla no tendría razón de ser en la misma disposición con que la conocemos, siempre que la levantaran los propios usuarios del espacio mortuorio, ya que el cementerio quedaría intramuros; por lo que lo lógico es que se construyera cuando dicho espacio funerario se abandonara, o cuando se destruyera expresamente por un enemigo concreto. Claro, en Osuna, este planteamiento sólo sería factible si seguimos manteniendo como verosímil que se trata de una necrópolis el sitio en que se levantó la línea de defensa, algo que -pese a todo- ahora quiere ponerse en duda con la argumentación contraria que ya se ha esbozado: si se trató de un muro ibérico, no sería posible una necrópolis turdetana a las espaldas del mismo; en cualquier caso, por delante de él. Pero tampoco es necesario ahora debatir *in extenso* si las construcciones intramuros son funerarias o no, porque, al margen de su concreta realidad, hay algo que todos aceptan: la presencia de una necrópolis orientalizante¹⁹ más antigua y previa a la erección de la estructura muraria. Por lo que contamos con una fecha *post quem*, a partir de la que poder datar la muralla.

Sin necesidad de seguir exponiendo otras hipótesis interpretativas, baste con los presupuestos ya presentados. A partir de ellos vamos a tratar de analizar la problemática planteada por las nuevas aportaciones desde tres puntos de vista básicos: 1, la técnica constructiva empleada en el muro Engel/Paris; 2, la probable época de su erección y 3, el valor mortuorio del sitio.

17. M. BENDALA, "Panorama arqueológico de la Hispania púnica a partir de la época bárquida", en M.^a P. GARCÍA-BELLIDO y L. CALLEGARIN (coord.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*, Anejos de AEspA, XXII, Madrid, 2000, pp. 76-77.

18. S. LANCEL, *Aníbal*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997, p. 158 ss.

19. P. ROUILLARD, E. TRUSZKOUWSKY, S. SIEVERS et T. CHAPA, *Antiquités de l'Espagne*, Département des Antiquités Orientales. Dépôt au Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye, Réunion des Musées Nationaux, Paris, 1997, pp. 27-28.

1. Técnica constructiva de la muralla Engel/Paris

Sin necesidad de tener que analizar todas las argumentaciones que, en este sentido, ha planteado D. Hourcade respecto del muro de Osuna, vamos a utilizarlas parcialmente para defender los posicionamientos propios. Desde este punto de vista podemos centrar nuestro análisis en la búsqueda de cuestiones estructurales y tecnológicas con las que concretar -en última instancia- alguna fecha para la edificación, por lo que nos basaremos en algunos aspectos que consideramos fundamentales: la fábrica del muro, su estructura formal y la modulación de los elementos constitutivos.

1.1. Fábrica del muro

Considerando las deficiencias documentales e interpretativas de la investigación de 1903, es el propio Ramón Corzo quien mejores datos nos ha dejado sobre la composición de los elementos utilizados y la técnica constructiva de la muralla Engel/Paris, aunque los investigadores franceses tuvieron la oportunidad de explorarla más concienzudamente, ya que abrieron en su frente una brecha considerable para desescombrar las excavaciones que realizaban al otro lado en el Garrotal de Postigo. Ellos afirman:

... Nada que nos recuerde las bellas y vigorosas murallas ibéricas o romanas de las que tan preciosos ejemplares han perdurado hasta nuestros días. Los constructores no se han preocupado en absoluto por emparejar y alinear las paredes, por obtener la elegancia al mismo tiempo que la solidez y la fuerza gracias a alineamientos regulares con materiales bien elegidos, resistentes por si mismos y por el feliz ajuste de sus caras bien preparadas. Los mampuestos están ajustados con capas de mortero de tierra que apenas los mantienen, y no han podido impedir ceder, en más de un lugar, al empuje interior... Para darle más fuerza, el ingeniero cuidó simplemente de que la muralla no fuese completamente vertical, sino que recibiera por tanto una inclinación en talud, y esta precaución la ha protegido ciertamente.

...Se compone de dos partes bien distintas enlazadas la una por delante de la otra, y principalmente por una masa de tierra salpicada por muy raras piedrecitas, y formando así una amalgama poco consistente; esta especie de terraplén ha recibido en su cara exterior inclinada el revestimiento de piedras provistas de frente plano del que acabamos de hablar, y que no tiene profundidad. Es lo único exteriormente visible.

Este primer nivel de tierra sirve para apuntalar un segundo terraplén más espeso y robusto, pues se forma con piedras a veces bastante gruesas, bañadas en un mortero de barro rojizo. La cara anterior está inclinada, pero menos que la que debía ser visible. En cuanto a la línea de separación de las dos masas combinadas, era muy

clara, y se diría que la primera mampostería habiendo resultado poco espesa, o demasiado débil, se ensanchó y reforzó de prisa por medio de la segunda.

Por detrás, por consiguiente en el reverso del talud, la pared del primer terraplén está levantada verticalmente; las piedras están bastante bien ensambladas y alineadas más regularmente que en la otra parte. Pero el interior del terraplén es menos cuidado, pues se han producido asentamientos a medida que el mortero secaba y, haciendo la zanja central, hemos encontrado agujeros y huecos que no se explicaban de otro modo²⁰.

Esta información puede contrastarse con los datos que nos dejara Corzo, para quien la composición de la muralla era la siguiente (fig. 7: arriba):

... la estructura de la muralla se compone de varios elementos yuxtapuestos. El núcleo fundamental, de unos 8,60 m. de ancho, está formado a base de varios muros de piedra que determinan la estructura general, y el resto de los espacios lo rellenan tierra, arena y piedras más o menos apisonadas. Dos de estos muros forman los paramentos interior y exterior de la muralla y se han construido con una cierta inclinación en talud, más acusada en la cara externa, que facilitaría su rápida elevación; otros dos muros, paralelos a los anteriores, sirven para formar en el interior de la muralla un núcleo central, cortado de trecho en trecho por muros transversales, de los que hemos encontrado uno de ellos en el centro de nuestra excavación. Entre este muro central y los muros externos, quedan espacios vacíos, que por su escasa función tectónica han sido rellenos de tierra y piedras sin orden alguno.

Las torres se construyen con un sistema semejante, a base de un muro más grueso, inclinado en talud hacia el exterior, y un relleno menos consistente en la parte interna. En la figura 5 proponemos un esquema ideal de la disposición de estos espacios más débiles en la muralla, que parecen corresponder con la situación de las torres; de esta forma, el relleno más compacto debe coincidir con las cortinas que separan cada baluarte. La causa de que este tipo de estructura no fuera apreciada en la excavación de 1903, puede ser que la zanja transversal que se realizó, coincidía con uno de estos sectores intermedios totalmente macizos. Se trata, pues, de una estructura complicada, que permite la construcción de una muralla muy ancha con materiales poco consistentes.

A la cara interior de esta muralla se adosa un fuerte relleno de arena caliza y piedras, formando el firme de un terraplén bastante extenso, muy deteriorado en la actualidad ...²¹.

20. Hemos transcrito la traducción castellana de la versión francesa (A. ENGEL y P. PARIS, *Una fortaleza...*, *op. cit.*, 1999, pp. [30-31], nota 5).

21. R. CORZO, *op. cit.*, (1977a), pp. 13-14, fig. 5, nota 8.

No obstante, esta cuestión no es suficiente para apreciar si estamos o no ante un muro que a algunos se antoja tartésico y a otros turdetano²², por lo que habría que confrontarlo necesariamente con lo que conocemos de esos momentos en Osuna o en sus cercanías. En una de las antiguas áreas urbanas de la ciudad existe una construcción perfectamente fechada en los momentos orientalizantes que se recuperó en la Cuesta de los Cipreses en el año 1998/1999; su armazón es semejante al que conocemos en Estepa²³, por lo que no cabe ninguna duda sobre su filiación, que, además, se ha asegurado con el relleno arqueológico que se le asociaba.

La única concomitancia entre los muros tartésicos y el que estudiamos es que se diferencia claramente el frente visible del relleno interior. Pero ni siquiera en este último extremo existe una coincidencia absoluta: en los muros tartésicos el interior está formado por un aporte masivo de piedras de irregular tamaño, constituyendo una amalgama poco homogénea; mientras que la muralla Engel/Paris, según los datos de Corzo, presenta un relleno más ordenado con separación de amalgamas diferenciadas, lo que quizá sea indicio de una construcción posterior. Igualmente, la parte visible del muro al exterior de la edificación, ofrece una sucesión de piedras de diferentes calibres, aunque grandes, pero que no llegan a ser de gran tamaño en la muralla del garrotal, cosa más común en las edificaciones fortificadas tartésicas. De todos modos, aunque encontráramos mayores concomitancias entre el muro de Osuna y los tartésicos, ya veremos cómo existen otras circunstancias que alejarían nuestro caso de esa filiación.

Comparar la fábrica con otros muros romanos como los que se excavaron en 1985 en el camino de la Farfana es también interesante, porque permite demostrar la notable diferencia de sus técnicas constructivas (fig. 4). Estos nuevos muros presentan un considerable volumen -medidos transversalmente-, pero sin llegar al calibre del representado por la muralla Engel/Paris, pero lo suficiente como para pensar en la

22. Que son las dos posibilidades que vamos a debatir por ahora, admitiendo el sustrato previo de la necrópolis orientalizante y el uso histórico y documentado de la muralla en el enfrentamiento cesáreo-pompeyano. Aunque la posibilidad tartésica es más discutible, como veremos posteriormente.

23. J. M.^a JUÁREZ, "Los orígenes de Estepa: el corte C-93 del cerro de San Cristóbal", *Actas de las Primeras Jornadas sobre Historia de Estepa*, (1995), pp. 127-135; *Idem*, "Excavaciones de urgencia en el Cerro de San Cristóbal, Estepa (1993). Corte C", *AAA '93*, III, (1997), pp. 759-765; J. M.^a JUÁREZ, P. CÁCERES y E. MORENO, "Estepa tartésica. Excavaciones en el cerro de San Cristóbal", *Revista de Arqueología*, 208, Madrid, agosto de 1998, pp. 16-23; J. M.^a JUÁREZ, "El Cerro de San Cristóbal de Estepa. Un modelo de lugar fortificado", *Fortificaciones en el entorno del Bajo Guadalquivir*, (2002), pp. 38-39, fig. 2.

Flor. II., 16 (2005), pp. 383-423.

posibilidad de que se trate de los restos de edificaciones públicas romanas o parte de lo que queda del paso de otra de las cercas romanas de la ciudad, que creemos factible hacer coincidir con la correspondiente a la *nova urbs*, separada de la antigua y circunscrita a las topografías más elevadas de Paredones y, quizá, de Canteras y Quinta.

Por eso, la discusión de estas edificaciones puestas a la luz en las excavaciones de 1985²⁴ estriba en la consideración de su carácter, si correspondían a espacios domésticos o áreas públicas, adyacentes a un posible muro de cierre que limitaba a oriente por ese Camino de la Farfana y si conformaba una auténtica muralla. La anchura de esta construcción es considerable, aunque no se acerque a la de la muralla Engel/Paris que alcanza los diez metros. En cuanto a su factura, la fábrica de estos muros en la Farfana consta de piedras paralelepípedas de tendencia isódoma, muy distinta de la que presenta el muro de los garrotales, con lo que aquélla se acercaría más a las técnicas constructivas canónicas romanas de cariz vitrubiano, como equivocadamente vio Corzo en los garrotales. La relación de estas nuevas edificaciones con la ciudad colonial nacida tras la concesión del estatuto administrativo municipal por César, incidiría en el distanciamiento cronológico entre ambos espacios que, con bastante probabilidad, estarían indicando las áreas republicana e imperial; es decir, la separación entre *Urso* y la *Colonia Genetiva Iulia*.

Esta auténtica dípolis es algo común en muchas ciudades romanizadas, visible precisamente en la presencia de dos cercas diferenciadas que en el común de los casos, la más reciente, se limitaba a ampliar el espacio urbano anterior y acomodarse a las nuevas necesidades: aumento de población por la llegada de los *coloni* y adecuación al nuevo *modus vivendi*. Es interesante a este respecto, para la comprensión de estos espacios, considerar que los restos analizados se sitúan al oeste de una pequeña zona elevada donde encontramos el teatro y la Pileta, elementos que aluden claramente al sector noble de la colonia, en el que debían situarse todos los edificios públicos y de donde también procederían las leyes municipales en bronce²⁵.

Esto únicamente representa el distanciamiento del muro Engel/Paris de otras construcciones murarias, en el ámbito urbano o periurbano de la antigua Osuna; aspecto sobre el que hemos lanzado una mirada endógena, desde la casuística relativa

24. J. A. ONSO y J. J. VENTURA, "Excavación arqueológica de urgencia en el Camino de la Farfana (Osuna, Sevilla), 1985", *AAA* '85, III, (1987), pp. 304-308; T. MURILLO, "Restauración arqueológica de Urso", *AAA* '87, III, (1990), pp. 543-547.

25. Este último aspecto acaba de ser tratado en un reciente trabajo: M. PASTOR y J. A. PACHÓN, "Manuel Rodríguez de Berlanga y la arqueología en la Osuna del siglo XIX", Alhaurín, 2004 (e. p.)

a las construcciones propias de las civilizaciones que sabemos tuvieron un cierto desarrollo vital y habitacional en la propia Osuna. Esta perspectiva puede ocultarnos la existencia posible de otras manifestaciones arquitectónicas menos aparentes, pero que pudieron materializarse en algunas circunstancias más difusas. Así, ya hemos comentado el carácter de algunas construcciones de la *poliorcética* cartaginesa, en la que algunos de los casos más cuidados recogían estrategias genuinamente helenísticas, que tampoco son desconocidas en el entorno de Osuna, como luego veremos, aunque también se alejan del muro que aquí nos ocupa. Es posible que las edificaciones diseñadas con un objetivo perdurable exigieran del máximo esfuerzo material y tecnológico, dando como resultado arquitecturas de un indudable valor funcional y estético; por su parte, las obras que respondían a necesidades más concretas, afectas a una motivación circunstancial, se materializaban en acabados menos exigentes. Es posible que la muralla Engel/Paris se explique mejor desde esta segunda consideración, aunque los datos disponibles no permitan matizar más certeramente el momento de su erección.

1.2. Estructura formal

La estructura que conocemos en la muralla Engel/Paris apunta hacia una composición de muros rectos separados por torres semicirculares, o segmentos circulares algo mayores (fig. 5). La distancia entre torres viene a ser similar, salvo en las que se acercan a la parte norte del tramo descubierto en 1903, que se ha interpretado últimamente como propio de un espacio cercano a una de las puertas de la ciudad. En este sitio las torres no sólo se acercan y hacen de los paños espacios mucho menores, sino que incluso encontramos una torre con un diámetro mucho menos considerable que las habituales. Lo de la cercanía de una puerta es una hipótesis más que probable, porque esa zona se sitúa ya junto al Camino de San José, un punto localizado en el cambio de vertiente, donde la visión actual muestra un paso estrecho limitado por dos flancos elevados a mucha mayor altura, que parecen dibujar la inequívoca continuidad de la muralla a uno y otro lado de la abertura (fig. 6). Estaríamos, evidentemente, ante una de las puertas de ese tramo de la cerca en el flanco oriental, aunque no fuese el único vano que debió existir en los lienzos murarios; más al sur por la Vereda de Granada es muy posible que se hubiese levantado otra de las entradas a la ciudad, separando el área propiamente funeraria del espacio habitado algo más allá de ese mismo camino. Esto plantearía un cierto problema ante la imagen ideal de un núcleo habitado romano en el que lo habitual serían cuatro puertas orientadas a los puntos cardinales. No obstante en ciudades mixtas, producto de la asimilación de núcleos anteriores a la urbanística plenamente

romana, es corriente que a las puertas habituales se sumasen las propias de la *nova urbs* levantadas tras la conquista. Esto es patente en aquellas aglomeraciones que conservan su carácter de dípolis, como Itálica, Corduba, Baelo, etc.²⁶, fenómeno que también creemos pudo ocurrir en Osuna.

En cuanto a la presencia de torreones de tendencia circular, aunque no es una solución arquitectónica demasiado recurrente frente a los casos cuadrados, al menos en tiempos posteriores a lo prehistórico²⁷, las conocemos perfectamente en otros ámbitos peninsulares como el valle del Ebro²⁸, en elementos defensivos de tiempos prerromanos, incluso formando parte de estructuras complejas como los cinturones defensivos de la ciudades, de los que sería un claro ejemplo el caso de Ullastret²⁹. Con una mayor difusión sí existen en construcciones aisladas, o en pequeñas edificaciones defensivas, donde encontramos una torre o poco más, y en las que toda la estructura puede girar en torno a esa construcción circular³⁰. Lo más habitual fue siempre disponer de elementos cuadrados o rectangulares, como ocurre en el sistema de amurallamiento de Torreparedones³¹.

Si hablamos de excepciones, las torres del garrotal tampoco serían las únicas, incluso considerando ejemplos de estructuras algo complejas. El caso de Lugo, sería un ejemplo parangonable, aunque aquí tendríamos que aceptar un claro origen

26. Para el caso de Córdoba: A. STYLOW, "De *Corduba* a *Colonia Patricia*. La fundación de la Córdoba romana", en P. LEÓN (ed.), *Colonia Patricia Corduba, una reflexión arqueológica*, (1996), pp. 77-85.

27. Un interesante desarrollo sobre el comportamiento de las torres murarias curvilíneas en la Península debe seguirse en P. MORET *Les fortifications ibériques. De la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*, CCV, 56, Madrid, 1996, pp. 204-213.

28. F. ROMEO, "Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos", en P. MORET y F. QUESADA (eds.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, *Collection Casa de Velázquez*, 78, Madrid, 2002, p. 170.

29. M. OLIVA I PRAT, "Las fortificaciones de la ciudad prerromana de Ullastret (Gerona, España). Ensayo de cronología", *Atti del VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche (Roma 1962)*, Roma, 1966, pp. 23-28.

30. P. MORET y J. A. BENAVENTE, "La Torre Cremada (Valdertormo, Teruel): un fortín ibero-romano en el Bajo Aragón", *Kalathos*, 16 (2000), pp. 19-44; P. MORET, "Fortifications ibériques tardives et défense du territoire en Hispanie Citérieure", en A. MORILLO *et alii*, *op. cit.*, pp. 169-174, figs. 5-6, nota 4.

31. B. CUNLIFFE y M.^a C. FERNÁNDEZ, *The Guadajoz Project. Andalucía in the First Milenium BC, 1. Torreparedones and its hinterland*, OUCA, Monograph, 47, Oxford, 1999; J. A. MORENA, "El dispositivo militar defensivo del *oppidum* ibero-romano de Torreparedones (Córdoba)", *Fortificaciones en el entorno del Bajo Guadalquivir*, (2002), pp. 157-167.

romano, época donde tal solución es más frecuente y que también conocemos en otros lugares como Zaragoza³². Para tiempos prerromanos, posiblemente republicanos, bastante más cerca de Osuna, en su propio término municipal, tenemos la constatación de una muralla bastante prolija en el sitio de Pajares³³, donde no sólo encontramos la presencia de torreones circulares, sino además el añadido de paños curvos que dan al conjunto un aire exótico y poco conocido en la Península. Este caso se ha fechado por paralelos formales en tiempos helenísticos³⁴, lo que sin duda habla más en favor del conflicto de las guerras púnicas que de las guerras civiles romano-republicanas. El territorio donde se sitúa este recinto fortificado fue vital en el desarrollo de las actividades militares de fines del I siglo, tanto en la Segunda Guerra Púnica³⁵ como en el *Bellum Hispaniense*, por su cercanía a Munda³⁶, pero las evidencias arqueológicas pueden hacer perfectamente factible su asociación, en todo caso, con el primero de estos acontecimientos.

32. F. de A. ESCUDERO, "La muralla romana de Zaragoza", en MORILLO, A. *et alii*, *op. cit.*, pp. 391-425, nota 4.

33. F. DIDIERJEAN, "Enceintes urbaines antiques dans la province de Seville", *Prospection aériennes. Les paysages et leur histoire*, Madrid, 1983, p. 74 ss. Fig. 36 y 38; P. ROUILLARD, "Urbanisme et vie publique dans l'Espagne préromaine VI^e-IV^e s. av. J.-C.", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, (1987), p. 40; *Idem*, *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII^e au IV^e siècle avant Jésus-Christ*, (1991), p. 342; H. TRÉZINY, "La Grande Grèce et la Sicilie", *Les Dossiers d'Archéologie*, 179, feb. 1993, p. 49; *Idem*, "L'architecture militaire grecque en Occident", en G. PUGLIESE (dir.), *Grecs en Occident. De l'âge mycénien à la fin de l'hellenisme*, (1996), p. 352; P. MORET, *op. cit.*, p. 545, nota 27.

34. Atendiendo a un texto de Filon de Bizancio que habla de paños murarios en semicírculo cuya concavidad se abriese al exterior y de lo que tenemos concreción material en Pajares y en Telesia, Campania (H. TRÉZINY, "L'architecture militaire grecque en Occident", en G. PUGLIESE, (dir.), *op. cit.*, p. 352, nota 33). Pese a estos datos, Moret adjudica la construcción de Pajares a tiempos romanos posteriores a la conquista (P. MORET, *op. cit.*, p. 545, nota 27).

35. Los aspectos que relacionan esta geografía con la lucha romano-cartaginesa puede verse fundamentalmente en R. CORZO, *op. cit.*, nota 16; G. CHIC, *op. cit.*, nota 16 y F. CHAVES, *op. cit.*, nota 16.

36. La aceptación de la localización de Munda en estos alrededores, concretamente en el Cerro de la Camorra es un hecho que después de ciertas adjudicaciones empieza a ser reconocido actualmente, incluso entre investigadores de renombre (P. SILLIÉRES, "Voies romaines et contrôle de l'Hispanie à l'époque républicaine: l'exemple de L'Espagne Ulérieure", en A. MORILLO *et alii*, *op. cit.*, p. 31, nota 4).

Pero, volviendo a la muralla Engel/Paris, en Osuna no sólo conocemos la disposición de la estructura muraria en sí, sino que gracias a la investigación de Corzo sabemos de la existencia de un foso anterior que servía para delimitar todo el contorno de la línea de defensa a 3 m. de distancia del mismo, así como para resguardarse de la llegada masiva de la caballería y del acercamiento de artilugios de asalto al pie del muro. Corzo no fue totalmente consciente de ello, porque su excavación de 1973 significó en este sentido un claro refrendo de algo que ya habían destacado las investigaciones de 1903³⁷. Hoy sabemos que se trató de un descubrimiento incompleto que, al no agotar la total exploración de ese foso en sentido transversal, concluyó lo mismo que hicieron Engel y Paris; de modo, que lo que ahora nos resulta un claro foso defensivo acabó interpretado como un llamativo realce de la muralla en el roquedo, explicado como un elemento que hiciera aún más contundente la impresión defensiva de la muralla:

“Delante de la muralla, la piedra arenisca del firme natural ha sido cortada, hasta una profundidad de 2,75 m. aproximadamente, siguiendo la forma redondeada de la torre, en el sector excavado por nosotros. Este profundo corte debe ser sin duda una parte importante en el sistema defensivo, ya que produce una considerable elevación de la muralla ante los ataques exteriores³⁸”.

Esta interpretación no supone una apuesta totalmente novedosa respecto de las construcciones militares antiguas en la Península, aunque lo más lógico hubiese sido pensar simplemente en la existencia de un foso, en lugar de decidirse por una opción conocida en otros yacimientos y basada en unas pocas hiladas de la muralla que, de modo escalonado, acaban en la primera hilera desde la que ya se levanta el muro vertical. Esa solución constituía una especie de basamento sobre el que se apoyaba la edificación defensiva, y que en algunos casos se materializaba en un corte previo de la roca que dibujaba la línea de la fortificación y sobre la que se erigía la muralla. Pero, en defensa de R. Corzo, habría que indicar que en 1973 la excavación al exterior de la muralla prácticamente no dispuso de una extensión suficiente para aclarar necesariamente la interpretación de una posible asociación muro-foso, lo que quizás desviase la atención de R. Corzo hacia la lectura de 1903. Esto ha acabado

37. A. ENGEL y P. PARIS, *Una fortaleza...*, *op. cit.*, 1999, pp. [29], nota 5: «En el lado derecho, el suelo de la cantera no tenía un declive tan pronunciado, y por otra parte había una profunda entalladura en la roca viva, como un alto escalón que el ingeniero había aprovechado para asentar la muralla».

38. R. CORZO, *op. cit.*, (1977a), p. 14, nota 8.

estando más en la línea de lo que pudieron ser las murallas fenicias y tartésicas³⁹, en las que sabemos existía una plataforma en talud de mampostería como se evidenció en Osuna, donde además la idea se reforzaba con la aceptación del escalón excavado en el roquedo natural del terreno.

La falta de exploración *in extenso* de todo el foso de Osuna impide hoy la adecuada constatación del perfil del mismo, así como la comprobación de su anchura real, pero en realidad tampoco es del todo necesario. Se conocen básicamente dos tipos de fosos, los de perfil en V y los de perfil en U. En los fosos en V, la unión del arranque de su talud con la superficie donde se abre supone la existencia de un ángulo obtuso muy superior a los 90°, cosa que no se evidencia en Osuna, atendiendo a las fotografías y dibujos disponibles en la documentación de Corzo. En todo caso, lo que encontramos es una inflexión muy cercana a un ángulo recto, por lo que no nos equivocamos si admitimos que el foso de Osuna es en U. Se trata de un detalle sin demasiada importancia, achacable en la mayoría de las ocasiones a la base estructural donde se practicaba el foso; si esa base era relativamente blanda, poco homogénea e irregular en sus componentes, lo habitual son los fosos en V; cuando el sustrato es una roca homogénea, practicable y poco quebradiza, es fácil hacerlo en U.

Esta solución, por lo demás, era más práctica porque, en caso de que el enemigo se introdujese en él, resultaba más difícil superar un escalón que, como el existente en Osuna, llegó a alcanzar una profundidad de casi tres metros. Por otro lado, la funcionalidad como foso queda evidenciada igualmente en la estratigrafía mostrada por Corzo en este lugar (fig. 7: abajo), en la que se aprecia una acumulación de estratos inclinados no sólo en la parte occidental del lado de la muralla, sino también en la oriental, lo que habla de un relleno alternativo desde los dos bordes existentes en el foso: al este y al oeste. Si en lugar de foso hubiese existido un escalón a occidente, éste hubiese contenido sólo una estratigrafía con niveles inclinados a favor de la vertiente con sus mayores cotas en dirección al pie del muro y al borde de dicho resalte.

Desde otro punto de vista, los fosos indígenas conocidos en las fortificaciones de la Península Ibérica no son muy abundantes, aun menos en Andalucía. Así, en el estudio de P. Moret se indica la existencia de treinta y nueve fortificaciones con foso, de las que sólo seis serían andaluzas⁴⁰. Parece que mayoritariamente corresponderían

39. J. L. ESCACENA y G. FERNÁNDEZ, "Tartessos fortificado", *Fortificaciones en el entorno del Bajo Guadalquivir*, (2002), p. 119.

40. P. MORET, *op. cit.*, nota 27, tabla 14. El registro abarca casos desde el Bronce Final al Ibérico Reciente.

a fosos de perfil en U, lo que se opone a los aún más escasos fosos en V que parecen responder al esquema constructivo púnico, los *fossa punica* que luego imitaron los ingenieros romanos en sus construcciones defensivas⁴¹. Este detalle volvería a mostrarnos la posibilidad de que la construcción del muro Engel/Paris debe ser anteromana, aunque, como hemos señalado más arriba, no deba ser tartésica. Respecto a la anchura posible que hubiese alcanzado, suelen aceptarse fosos entre 5 y 10 m. de ancho y otros, propios del mundo romano, con extensiones superiores en torno a los 20 m., adecuados a la guerra con proyectiles arrojados. Este dato vuelve a ser irrelevante en Osuna, donde la acusada pendiente del sitio de los garrotales resta importancia a ese hecho, ya que dimensiones más pequeñas unidas al declive de la ladera serían bastante eficaces; de hecho, los dibujos que nos dejara Corzo son más que suficientes para apreciar aquí un foso alrededor de los cinco metros.

D. Hourcade se ha detenido también en el análisis de esta estructura excavada en la roca, aunque no lo ha hecho preguntándose por su significación, sino para destacar las posibles inexactitudes de Corzo, a la hora de estudiar su relleno. Pese a ello, utiliza el término *fossé* que bien puede traducirse por foso/fosa; de hecho, sería la única acepción posible, ya que el autor habla del relleno de la fosa (*remplissage du fossé*), cosa absurda si en lugar de una zanja excavada ante la muralla hubiese habido sólo un escalón defensivo como defendieron Corzo y Engel/Paris. De cualquier modo, la clara constatación de la presencia de un foso defensivo ante la muralla de Osuna quizás aleje también la posibilidad de su adjudicación tartésica, por lo que tendríamos que aceptarlo mejor para tiempos ibéricos, época a la que tendría también que pertenecer la muralla.

1.3. Acercamiento a la modulación de sus elementos

Son muy recientes los estudios sobre los módulos constructivos utilizados en las edificaciones militares de la Península. Su aplicación se debe a P. Moret, como complemento y desarrollo de su muy apreciable trabajo sobre las fortificaciones ibéricas⁴², siendo ya, en este sentido, varios los análisis que desarrollan esta línea de investigación⁴³. De ellos se derivan importantes conclusiones prácticas, pues

41. F. ROMEO, *op. cit.*, p. 159, nota 27.

42. P. MORET, *op. cit.*, nota 27.

43. P. MORET, “‘Rostros de piedra’. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones ibéricas”, *Los iberos, príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso Internacional, Sagvntum, PLAV Extra-1, Valencia, (1998), pp. 83-92; *Idem*, “Les fortifications ibériques complexes. Questions de tracé et d’unité

dependiendo de las unidades de medida empleadas por los constructores podemos saber, dentro de las arquitecturas prerromanas, si emplearon alguna unidad de medida concreta o si, tratándose de construcciones complejas, fruto de la erección, destrucción y reconstrucción en diversas épocas, usan medidas dispares y módulos diferentes, reflejo de las distintas épocas y fábricas presentes. Estos elementos, pudieran llevarnos a consideraciones que permitan ayudar la concreción de apreciaciones cronológicas.

En el caso de Osuna no parece existir, para el tramo de muralla excavado por Engel/Paris y Corzo, una sucesión de lienzos murarios de facturas diferentes, por lo que se parte de una ventaja: la uniformidad constructiva que ha quedado reflejada en la existencia de elementos simétricos y repetitivos aportados por los paños rectos y las torres curvilíneas, como puede apreciarse en la figura 5. Este hecho, al margen de suponer una neta separación respecto de la gran mayoría de las fortificaciones ibéricas -caracterizadas por su irregularidad- representa un acercamiento a construcciones más estandarizadas que encontramos en el área oriental peninsular, donde sabemos del influjo griego primero, y posiblemente del púnico algo después; aunque la región andaluza no tuvo que ser ajena del todo a estos procesos, ya que se conoce un muy posible modelo púnico en Torreparedones. La implantación, propagación y asunción de esas metrologías influiría necesariamente en el uso de medidas concretas para la articulación de formulaciones numéricas y -en definitiva- geométricas, aplicables en la materialización de obras arquitectónicas o de ingeniería apoyadas en una modulación matemática.

Para entender mejor lo que decimos hemos confeccionado una pequeña tabla en la que se relacionan las diferentes unidades de medida utilizadas frecuentemente en la época en los ambientes griegos⁴⁴ que se han reconocido en el reducido número de construcciones estudiadas bajo estos parámetros:

de mesure”, en P. MORET y F. QUESADA (eds.), *op. cit.*, pp. 189-215, nota 26; P. MORET y A. BADIE, “Metrología y arquitectura modular en el puerto de La Picola (Santa Pola, Alicante) al final del siglo V a.C.”, *AEspA*, 71, (1998), pp. 53-61.

44. Las referencias básicas de estas medidas se han recogido de P. MORET y A. BADIE, *op. cit.*, pp. 58 ss., nota 43; H. TRÉZINY, “Métrologie, architecture et urbanisme dans le monde massaliète”, *Revue archéologique de Narbonnaise*, 22 (1989), pp. 1-46.

<i>Unidad</i>	<i>Pie (p)</i>	<i>Codo (c)</i>	<i>Braza (b)</i>	<i>Cadena</i>	<i>Metro (m)</i>
<i>Dimensión</i>	30 cm.	45 cm.	180 cm.	1800 cm.	100 cm.
<i>Relación</i>	0,67 c	1,5 p	6 p / 4 c	18 m / 10 b / 40 c / 60 p	3,3 p / 2,2 c

Las cifras que refleja el cuadro anterior se han redondeado preconcebidamente, buscando la mejor relación entre las unidades de medida, por lo que debe señalarse que -en realidad- las cantidades que se están obteniendo en las mediciones reales de las construcciones y en los cálculos basados en ellas son aproximativas respecto de las de la tabla. En ella, además, se indica la relación existente con el metro, unidad de medida reciente que es la que se toma como referente en las mediciones actuales de las construcciones antiguas. Por otro lado, estas unidades de medida vuelven a variar si se considera el codo púnico, que el propio Moret ha estudiado partiendo del análisis de una de las torres de Torreparedones⁴⁵ y tomando como referencia la dimensión del codo reconocido en el bronce de Thibilis⁴⁶, que da lugar a una dimensión base para esa unidad en torno a 0,5 m.

Como en el caso cordobés que acabamos de comentar, no creemos tampoco que un estudio metrológico de la muralla Engel/Paris vaya a arrojar datos definitivos, porque aunque supone una construcción de más envergadura, faltaría completar el análisis con la medición de las edificaciones que se levantaron por el interior del muro, coetáneas con la propia fortificación; pero como existen grandes dudas -al menos para nosotros- sobre esa relación, nos contentaremos con medir sólo elementos propios del tramo de la fortificación. De todos modos, los resultados obtenidos son interesantes y permiten algunas relaciones interpretativas valorables:

45. P. MORET, "Rostros de ...", *op. cit.*, pp. 90-91, nota 43.

46. G. HALLIER, "Pierre de taille et mesures normalisées: les enceintes hellénistiques d'Apollonia de Cyrénaïque et de Massalia", *La fortification dans l'histoire du monde grec*, (1985), p. 261, n. 3.

	<i>Valor del codo en metros</i>	<i>Número de codos</i>	<i>Medida en metros</i>
— Distancia del paño entre torres, según planos	0,5	31 a 34	15,5 a 17
— Distancia entre torres, según Engel y Paris	0,5	32	16
— Anchura del muro	0,5	17,2 a 20	8,60 a 10
— Ø de las torres, excluida la más pequeña	0,5	12 a 17	6 a 8,5
— Ø de las torres, según Engel y Paris	0,5	13	6,5
— Proyección de las torres respecto del lienzo exterior, excluida la más pequeña	0,5	8 a 16	4 a 8
— Separación entre la base del muro y el foso	0,5	6	3

Conscientes de las deficientes referencias métricas que se deducen a partir de los datos tomados de las plantas publicadas sobre el muro Engel/Paris, el análisis que se ofrece en la tabla anterior, en la que se han estimado las relaciones respecto del codo púnico, muestra unos resultados muy homogéneos que podrían apuntar con ciertas garantías hacia una construcción si no púnica, tampoco ajena a los influjos edilicios de ese mundo. Precisamente todas las agrupaciones de codos obtenidas dan cifras exactas, salvo en el caso de la mínima anchura de la muralla que -curiosamente- procede de una de las medidas que aportó Corzo en la publicación de su excavación. Ni siquiera algunas de las variaciones que se desprenden, entre la toma de referencias de los planos existentes y los datos numéricos aportados por Engel y Paris, acaban siendo significativas para descuadrar los resultados obtenidos con las demás anotaciones métricas.

La conclusión más elemental que puede obtenerse de estos datos es que la muralla en cuestión, pese a su aspecto, descuido en el revestimiento, etc., alude a una construcción realizada cuidadosamente en lo que se refiere a la modulación de los

elementos conocidos; incluso parecería que estamos ante un diseño más elaborado que la misma torre de Torreparedones, realizada entre 325 y 275 a.C., por lo que cabría pensar posiblemente en una ejecución si no coincidente, algo posterior. No obstante, seguimos pensando que el problema en Osuna continúa siendo la presencia de las torres redondeadas, que aportan un elemento de especial problemática en un ambiente turdetano o púnico.

Si pudiéramos asegurar una elaboración ulterior en la fortificación sevillana respecto de la corçobesa, nada nos impediría poder relacionar la estructura muraria Engel/Paris -que seguimos creyendo se hizo para reforzar la defensa de la ciudad en esta parte donde había una necrópolis indígena- con las infraestructuras que surgieron al amparo de la Segunda Guerra Púnica. En ella, la colaboración indígena hubo de ser frecuente en ambos bandos, por lo que tampoco debe sorprender la presencia de arquitecturas que mezclen tecnologías híbridas propias de una época en la que el intercambio de mercenarios y profesionales de todo tipo facilitó el empleo de todos los recursos del modo más práctico y convincente para los contendientes. Esta solución permitiría explicar también la existencia de una necrópolis turdetana que se hubiese amortizado necesariamente con esta guerra.

2. *Época de erección*

Hasta ahora sólo se habían barajado dos posibilidades en torno a la fecha de construcción de la muralla Engel/Paris. La primera se debe -en origen- a sus propios excavadores, que señalaron la hipótesis de que se tratara de una obra de circunstancia y urgencia ante las necesidades bélicas de los pompeyanos frente a las maniobras militares de César y sus aliados. Engel y Paris no matizaron un momento concreto de la construcción, pero su relación con el conflicto relatado en el *Bellum Hispaniense* no hacía muy difícil situarla a mediados del siglo I a.C. En esa misma línea abundó R. Corzo, aunque él detalló mucho más, situándola en el año 46 a.C., partiendo del hallazgo de un denario sobre el posible terraplén posterior de la muralla⁴⁷. Esta

47. D. Hourcade incide en el escaso valor de la argumentación, basándose en la problemática estratigráfica del terraplén y en lo forzado de incluir en él un denario de la República, cuando el resto de los hallazgos numismáticos se consideran superficiales (D. HOURCADE, *op. cit.*, p. 308, nota 6 y nota 26). La moneda en cuestión, un denario republicano anepígrafo, se ha asociado con las emisiones de *L. Iulius Bursius*, de la serie de la familia *Iulia*, según la propia apreciación de Corzo y que, pese a que no publica ningún gráfico de la misma, fecha en torno al año 83 a.C. Pero el hecho de que no aparezcan ni tan siquiera signos numéricos o letras sueltas en el reverso podría aludir mejor a alguno de los denarios de las guerras sociales,

interpretación que, como hemos visto, ha sido minusvalorada razonablemente por D. Hourcade, basándose en argumentos estratigráficos de la propia excavación de 1973, nos va a eximir de abundar en mayores detalles, por lo que no detallaremos cuestiones que en las argumentaciones de aquel autor podemos considerar en general aceptables.

La segunda posibilidad la encontramos en el mismo Hourcade, quien insiste en que la muralla es anterior a la época de las guerras civiles, una idea que ya se había abierto paso entre otros investigadores, como Escacena, para quien estaríamos ante una muralla tartésica⁴⁸. De todos modos, esta opinión es un poco forzada y quizás inaceptable si tenemos en cuenta la existencia de las tumbas orientalizantes bajo la propia muralla, lo que comprometería admitir un origen genuinamente tartésico para la misma. Precisamente, ya se ha dicho que la existencia de esa necrópolis orientalizante señalaría una fecha *post quem* a partir de la cual habría que señalar la época de erección de la muralla; si no hubo necrópolis turdetana posterior a la tartésica, podríamos buscar en este período el momento de levantamiento de la construcción defensiva de Osuna. Hourcade y Escacena estarían, así, en una misma línea interpretativa, aunque este último investigador haya matizado más, pese a que creemos que no ha pensado con profundidad en la evidente contradicción que supone apoyar su opinión junto a la presencia de las dos tumbas orientalizantes.

Pongámonos inicialmente en su posición, pero partamos también de la constancia irrefutable de esas dos tumbas. Podríamos admitir con suficiente lógica - como es habitual en cualquier espacio mortuario - que existiera más de una fase de ocupación de la necrópolis, entre las que se incluiría a la que pertenecieron aquellas tumbas; que en un momento más avanzado la necrópolis cayera en desuso y que, entonces, se levantara la muralla. Desde nuestro punto de vista, no es factible establecer una concomitancia cronológica y cultural entre muralla y necrópolis, dado el patrón locacional de los paisajes funerarios respecto de los hábitats en ese

aunque esto tampoco varíe sustancialmente su cronología que se situaría entre el 85/84 a.C. (E. A. SYDENHAM, *The coinage of the Roman Republic*, London, 1952, serie 23, nº 723).

48. J. L. ESCACENA, "Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista", *Homenaje al Prof. Pellicer, II, Spal*, 11 (2002), pp. 85, 88-89. Opinión que se apoya en la interpretación de la infraestructura anterior de la muralla de Osuna como un talud que servía de base para la erección de las defensas, al igual que hizo Corzo en su publicación fundamental de la excavación, y que como ya hemos visto incluiría la presencia del resalte como reforzamiento de la función del talud. En una línea parecida, J. Salas apoya una interpretación también prerromana, aunque no arriesga una fecha tan clara, ya que alude en su defensa a paralelos contrapuestos como los de Tejada la Vieja, Torreparedones, Estepa y Puente Tablas (J. SALAS, *Imagen historiográfica de la antigua Vrso (Osuna, Sevilla)*, Sevilla, 2002, p. 99).

Flor. II., 16 (2005), pp. 383-423.

momento⁴⁹, por lo que la hipótesis planteada sería la única posibilidad de compatibilizar los enterramientos orientalizantes y una muralla tartésica, aunque fuese evidentemente muy tardía.

No obstante, existen ciertas dificultades incluso para aceptar esta cuestión. Así, aunque ya se ha dicho y viene comprobándose que lo habitual en las necrópolis es contar con varias fases de uso, no todos los autores aceptan en esta parte de Osuna una acumulación funeraria ni la existencia de vestigios mortuorios suficientes que demuestren un dilatada frecuentación de los garrotales en ese sentido. D. Hourcade ha sido el último en manifestarlo⁵⁰, por lo que sostiene que el muro Engel/Paris debe fecharse en un momento indeterminado entre el siglo VI a.C. y los inicios del II a.C., tomando como extremos cronológicos de su propuesta la fecha de las tumbas orientalizantes y el término de las guerras púnicas. Para este investigador, las tumbas parecen ser una manifestación aislada y ajena a una necrópolis compleja y extensa en lo espacial y en el tiempo, lo que le permite datar la muralla a partir del siglo VI, fecha que hoy señala el inicio del período Ibérico Antiguo, salvando el momento orientalizante donde debe situarse lo tartésico. Esta opción cronológica salvaguardaría la posibilidad de una necrópolis anterior y colocaría a la muralla, como muy pronto, en los inicios de los tiempos ibéricos.

En cuanto al tiempo final en el que podría fecharse el muro Engel/Paris, D. Hourcade fija el siglo II a.C., antes del momento que indicaron los investigadores franceses y el mismo Corzo, con lo que salva la coherencia de su crítica a este último. El optar, como justificación de la realización de la muralla, por cualquier otro acontecimiento posterior en el que se hubiese dado una intervención directa de Osuna pasaría de nuevo por el conflicto cesáreo-pompeyano, lo que supondría ya, para nuestro autor, un hecho independiente de la construcción de la muralla.

Nosotros ya hemos indicado más arriba las dificultades que entrañaría aceptar que se tratase de una muralla tartésica, inconvenientes que se multiplican porque seguimos defendiendo el uso del lugar como necrópolis durante un tiempo más dilatado, superior incluso al mero período orientalizante. En el proceso de utilización de este cementerio no sería posible la existencia de un muro de cierre a levante, porque hubiese representado la inclusión del área funeraria dentro del espacio urbano

49. La relación espacial de cementerios y poblados coincide con las pautas conocidas del mundo fenicio y púnico: E. DÍES, "Architecture funéraire", en V. KRINGS (ed.), *La civilisation phénicienne et punique: manuel de recherche*, Handbuch der Orientalistik. Erste Abteilung: Der Nahe und Mittlere Osten, Band 20, Brill Academics, Leiden, New York, Köln, 1995, pp. 414-415.

50. D. HOURCADE, *op. cit.*, pp. 308-309, nota 6.

intramuros. Nuestra interpretación, si es exacta, obligaría a desplazar la construcción defensiva a momentos posteriores, posiblemente a tiempos republicanos. Por ello, es indispensable que tratemos de argumentar si el uso funerario persistió incluso en época turdetana, decayendo su uso solo con las guerras púnicas.

3. Valor funerario del antiguo garrotal de Postigo

Nadie podría poner en duda el uso antiguo de este garrotal como necrópolis, debido a la localización y excavación de las dos tumbas orientalizantes que descubrieron Engel y Paris bajo la muralla durante sus trabajos de 1903. Se trataba de sendas inhumaciones, practicadas en dos sepulturas abiertas en la roca con orientación hacia oriente, en las que se descubrió un ajuar muy representativo, consistente en un collar de cuentas de pasta vítrea, un pequeño alabastrón, un peine de marfil con decoración figurativa igualmente característica, así como los restos de una vasija cerámica pintada. Quizás la presencia de dos tumbas aisladas pudiera parecer algo anecdótico para que admitamos un espacio necropolar, pero no podemos dejar de señalar que la excavación incurrió en muchas irregularidades, entre las que la poca exhaustividad de la investigación e, incluso lo precario de su publicación, fueron algunas de ellas. Queremos creer entonces, y estamos totalmente seguros, que no debieron ser esas las únicas sepulturas que allí se practicaron; si se encontraron solo dos, se debió a dos cuestiones: una, que la muralla no se levantó en toda su extensión para dejar totalmente libre el roquedo donde se excavaron aquellas tumbas, impidiendo el conocimiento de otras inhumaciones seguras; dos, que tampoco parece que los investigadores franceses llegaran a explorar hasta el suelo rocoso en toda la extensión del área investigada⁵¹ y, además, existen indicios ciertos de que tampoco publicaron todos los materiales que alcanzaron a recuperar.

En este sentido, la presencia de G. Bonsor en las excavaciones resulta de interés y podría explicarse por varias causas, al margen de la relación de amistad que

51. Es indudable que no lo hicieron porque la excavación se abandonó cuando J. Postigo canceló el alquiler de su terreno, impidiendo la continuidad de los trabajos. Hecho que indica que no se habían concluido, como hubiera sucedido de modo natural si se hubiese llegado al fondo rocoso. En este sentido, es curioso comprobar cómo la tumba B apareció en la brecha practicada en la muralla, única zona levantada de la construcción; mientras la A se hizo en la parte central detrás de la fortificación, precisamente en el lugar donde más concentración de esculturas se descubrió y donde, lógicamente, se apuró el relleno existente (A. ENGEL, y P. PARIS, *op. cit.*, (1999), nota 5, figura 2 del “Estudio Preliminar”, y lám. II del facsímil).

indudablemente existió con Engel y Paris⁵². Una de esas causas debió ser la exploración y conocimiento de las Cuevas de Osuna, en las que se daban grandes similitudes con las que Bonsor venía excavando en Carmona; pero otra motivación creemos que puede cifrarse en las propias tumbas orientalizantes ya citadas, que también le resultaban familiares por las características de las que directamente llevaba exploradas en los Alcores⁵³.

Sobre esta última cuestión disponemos de una prueba fehaciente que ha sido destacada en las crónicas del periódico local *El Paleta*, gracias a las investigaciones de uno de nosotros (J. I. Ruiz Cecilia)⁵⁴. En ese periódico se narra, coetáneamente con la excavación de una de esas tumbas, la noticia de la recuperación en ella de un objeto de bronce desconocido, ya que no lo encontramos en la posterior publicación de esas tumbas⁵⁵. Es, precisamente, con ese objeto con el que Bonsor aparece relacionado, pues en su álbum fotográfico se recoge gráficamente una pequeña figura de bronce, que tiene que ser necesariamente la misma a la que se refería el reportero de *El Paleta*. El álbum fotográfico de Bonsor, que ha sido recientemente publicado digitalmente por la Junta de Andalucía, es también donde se señala la procedencia de Osuna de dicho bronce⁵⁶. La imagen se acompaña de una anotación en la que se indica: «*Grandeur de l'original. Bronze provenant d'Osuna. Musée du Louvre ?*». Esa interrogante sobre su pertenencia al Museo del Louvre, es bastante indicativa, ya que se trataba precisamente de la institución que compraba los objetos que Engel iba encontrando en Osuna a través de León Heuzey, y que conocemos gracias a la

52. Sobre las relaciones de G. Bonsor con otros arqueólogos e investigadores de su tiempo debe verse a J. MAIER, *Jorge Bonsor (1855-1930). Un Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología Española*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1999; *Idem, Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930)*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1999. Con P. Paris la relación no fue solo de amistad, sino profesional, lo que les llevó a una colaboración directa en las excavaciones de *Belo*.

53. G. BONSOR, "Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallé du Bétis", *Revue Archéologique* (1899), II, pp. 126-269.

54. J. I. RUIZ CECILIA, *op. cit.*, (2004), p. 92, nota 13.

55. A. ÉNGEL y P. PARIS, *op. cit.*, (1906), pp. 479-484, pl. XXXVIII-XL, nota 5: C; M.^a E. AUBET, "Los hallazgos púnicos de Osuna", *Pyrenae*, 7 (1971), pp. 111-128; P. ROUILLARD *et alii*, *op. cit.*, pp. 27-28, figs. 1-4, nota 19.

56. *Colección Fotográfica de Jorge Bonsor*, Consejería de Cultura, Archivo General de Andalucía, Sevilla, 2001. La figura de bronce a que hacemos referencia se corresponde con el negativo nº 51, y nº de catálogo 720 de la colección citada.

correspondencia que intercambiaron⁵⁷ Las dudas que ese interrogante manifiesta en la anotación de G. Bonsor creemos se debe al conocimiento directo del objeto, la ausencia del mismo en las publicaciones y la relación automática que cabía hacer con el Louvre, donde Bonsor sabía que habían ido a parar los objetos de Osuna excavados en 1903.

Según la noticia literal de *El Paleta*, tomada de uno de sus números de 1903, en el relato de la excavación de una de las dos tumbas publicadas por Engel y Paris, se indica textualmente:

Una sepultura, donde se hallaron muy escasos huesos y entre la tierra *una figura de bronce sin mérito particular* y los fragmentos de un peine de hueso. Esta sepultura fue, probablemente, de una mujer fenicia o cartaginesa y es parecida a la que estudió D. Jorge Bonsor en sus excavaciones de las orillas del Guadalquivir [...]⁵⁸

Parece claro, por la relación con el peine de marfil en el mismo ajuar, que se refiere a la sepultura A del Garrotal de Postigo, pero que la publicación de la excavación nada dice de esa figura de bronce⁵⁹. La importancia de la noticia estriba en que, de ser cierto el dato, Engel y Paris pudieron desviar, o sencillamente no dieron importancia a algunos de sus hallazgos, sin que sepamos hoy su paradero y, lo que es peor, eliminando la posibilidad de una interpretación más certera y completa de los lugares y hallazgos investigados. Todo ello implicaría también que la omisión pudo alcanzar un volumen de vestigios a los que hoy no tendríamos la posibilidad de acercarnos, ni remotamente. Por ello, es probable que tampoco fuesen solo dos las tumbas de este periodo y que, en realidad, se exhumaran algunas más o que, incluso como decíamos antes -y sería lo más importante-, aún permanezcan otras en el fondo rocoso de esos lugares.

El problema particular que acabamos de plantear también estribaría en comprobar de forma más contundente que estamos ante la misma figura de bronce:

57. Pueden verse algunos aspectos de esta correspondencia en J. A. PACHÓN, M. PASTOR y P. ROUILLARD, "Estudio Preliminar" a A. ENGEL y P. PARIS, *op. cit.*, (1999), pp. XXXIV y ss., nota 5.

58. Las negrillas son nuestras (EL ANÓNIMO DE OSUNA, "Descubrimientos arqueológicos", *El Paleta*, nº 52, 2 de Agosto de 1903, p. 2).

59. Engel/Paris hablan del contenido de esta tumba: A. ENGEL y P. PARIS, *op. cit.*, (1906), p. 480, nota 5 y solo señalan el peine de marfil, aunque dejan la constatación de que había alguna cosa más al indicar literalmente: «*En effect l'objet le plus important qui a été recueilli dans la terre est un peigne d'ivoire, ...*». Cita en la que hemos reseñado las palabras que significan 'el objeto más importante que se ha recogido en la tierra'.

la señalada por *El Paleta* y la recogida por la *Colección Fotográfica de Jorge Bonsor*. Esa confirmación puede venir dada con un análisis más profundo de la figura recogida por Bonsor, tratando de descubrir si se trata de un elemento coetáneo respecto de la tumba de referencia. Si pudiera demostrarse lo que decimos, junto a las circunstancias conocidas y a la presencia incuestionable de Bonsor visitando las excavaciones de Osuna, la procedencia de la figura alcanzaría una certeza segura, ya que todo señalaría en la misma línea. En todo caso, la figura debería tratarse de un elemento claramente orientalizante, como todo el contexto funerario de la sepultura A.

Sin querer profundizar demasiado en un asunto que podría dar lugar a otro trabajo independiente, nos encontramos ante una figurilla en bronce de pequeño tamaño (fig. 8), de alrededor de siete centímetros de altura⁶⁰, por lo que no cabe ninguna duda de que debió tratarse de un amuleto. Los amuletos fenicios y púnicos son constantes en los enterramientos de este ambiente, pero la estatuilla de Osuna es algo peculiar: representa a un sujeto ambivalente de aspecto humanoide, pero con un rostro simiesco, sentado en el suelo, piernas dobladas y una de ellas también recostada que deja ver que está en una actitud masturbadora, mientras el brazo derecho permanece doblado hacia adelante, apoyado en la rodilla o muslo por el codo, mostrándose con la mano entreabierta.

El aspecto simiesco no es chocante en estos ambientes, ya que sabemos de la relación entre el mundo fenicio y otras religiones de Próximo Oriente⁶¹, como la egipcia, de donde hubo de tomarse la imagen del mono⁶², entre otras, posiblemente en su advocación iconográfica del dios Thot, cuya asociación con la muerte es clara⁶³

60. Teniendo en cuenta las dimensiones de la fotografía que indica la misma *Colección Fotográfica de Bonsor*, concretamente de 8,3 por 6,1 cm. y la indicación de Bonsor al reverso de la misma, de que la figura se reproducía a tamaño natural ha podido calcularse el calibre de la estatuilla, con 6,98 centímetros de altura.

61. Sobre la religión fenicia y púnica puede verse a C. BONNET y P. XELLA, "La religión", en V. KRINGS (ed.), *op. cit.*, pp. 316-333, nota 49, en cuanto a las relaciones con otras religiones, pp. 327-328.

62. Por ejemplo, sabemos de la presencia de varias figurillas de monos en el depósito de fundación del templo egipcio de Byblos, entre vasos de alabastro y otros bronce (P. MONTE, *Byblos et l'Égypte. Quatre campagnes de fouilles, 1921-1924*, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, S.A., Paris, 1928, pp. 61 ss., fig. 38, pl. XL-XLI, LII: 174-175, LXII: 404-406 y 408-409; existe una reimpresión de esta obra de Éditions Terre du Liban, Beyrouth, 1998).

63. Ejemplo gráfico de lo que decimos es la opinión de H. Satzinger, según A.G. GRIMM *et alii*, "Catálogo delle opere esposte", en C. ZIEGLER, *I Faraoni*, Ed. Bompiani, Milano, 2002, p. 412, nº 63.

y explicaría su presencia en tumbas. Así, las representaciones de simios en el mundo fenicio y púnico son abundantes, entre las que tampoco faltan claros amuletos colgantes⁶⁴.

Menos habitual es la expresión gráfica del onanismo, que no conocíamos directamente en estos ambientes, pero que tampoco debía ser totalmente ajena a las sociedades protohistóricas orientalizantes peninsulares. Conocida es la representación de carácter sexual de uno de los relieves del monumento funerario de Pozo Moro, que recoge una copulación y que se ha relacionado con prototipos orientales sirio-hititas⁶⁵, habiéndose fechado a finales del siglo VI a.C.; mientras que el fragmento de una masturbación se ha conservado en el fragmento de una escultura del grupo de Porcuna⁶⁶, figura que I. Negueruela llegó a relacionar con los exvotos ibéricos de Sierra Morena y los sátiros griegos, aunque señalando la diferencia de que en Porcuna el personaje no se representaba de pie como en los exvotos de bronce⁶⁷. El caso de Osuna aúna por un lado el hecho de ser una pieza de bronce y, por otro, supone también una representación que no está erguida, como la de Porcuna. La escultura de Cerrillo Blanco se fecha con todo el conjunto al que pertenece en el siglo V a.C.⁶⁸, con lo que tendríamos unas fechas entre finales de lo orientalizante y los inicios del Ibérico Antiguo, en las que representaciones de carácter sexual estaban asumidas por la mentalidad de las poblaciones peninsulares, algo que no pudo sobrevenir súbitamente, sino que respondería a una tradición que refleja Pozo Moro respecto de Oriente y que -si es cierta la relación con la tumba A del Garrotal de Postigo- vemos materializarse en la estatuilla de Osuna poco tiempo antes, posiblemente a principios del siglo VI a.C., en un ambiente claramente orientalizante.

64. Podemos citar, para no ser exhaustivos, algunos ejemplos: un fiale de pasta silícea, procedente de las excavaciones de Glaouer en Alaoui (P. CINTAS, *Manuel d'Archéologie Punique*, II, Ed. Picard, Paris, 1976, pl. LXII: 1); lo mismo que un amuleto de Cagliari, Sicilia (E. ACQUARO, "Amuletos y escarabeos", en S. MOSCATI (dir.), *Los fenicios*, Ed. Folio, Barcelona, 1988, p. 401).

65. M. ALMAGRO-GORBEA, "Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro", *Trabajos de Prehistoria*, 35 (1978), pp. 251-278.

66. J. GONZÁLEZ NAVARRETE, *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén*, Diputación Provincial, Jaén, 1987, pp. 121-122, nº 19 del catálogo.

67. I. NEGUERUELA, *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1990, p. 245.

68. I. NEGUERUELA, "Las esculturas del Cerrillo Blanco de Porcuna", *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Catálogo de la Exposición Internacional, Barcelona, 1998, p. 171.

Pero, volviendo a la línea argumental más importante, el debate tampoco debe centrarse exclusivamente en si hubo una necrópolis orientalizante allí, cosa que parece evidente -con o sin figura de bronce-, sino en si el lugar siguió usándose como área de enterramiento en fechas posteriores. Esta posibilidad es la que hemos utilizado como argumento en otras ocasiones⁶⁹, gracias al hallazgo de cerámicas griegas procedentes de incineraciones en la parte norte del Camino de San José, en la ladera oriental del Cerro de las Canteras (figs. 1 y 9), prueba inequívoca de una necrópolis turdetana que siempre hemos pensado sería parte de la que debió haber en el Garrotal de Postigo y que posiblemente también se extendería por la ladera oriental al exterior de la muralla Engel/Paris, explicando también todo el conjunto escultórico ibérico o parte de él, como han hecho otros autores, que han considerado algunos elementos de ese conjunto pétreo como partes de torres funerarias o de pilares-estela ibéricos⁷⁰.

Frente a este planteamiento que parecía aceptado de un modo bastante general, D. Hourcade ha sido también quien ha puesto en duda la realidad de una necrópolis tan extensa en el tiempo, atendiendo a las dudas que transmite la excavación, a la interpretación de las estructuras exhumadas detrás de la muralla y a la falta de una mayor documentación arqueológica. Desde luego que él no entra a preguntarse sobre las razones de esa falta de documentación, ya que, pese a ella, acaba concluyendo que tras la muralla lo que hubo fue un hábitat, algo que choca frontalmente con la escasez de relleno arqueológico adecuado en un lugar de asentamiento, que lógicamente hubiese aportado un volumen razonablemente más considerable. Así, podemos entender que Engel y Paris callasen gran parte de los hallazgos domésticos menores, dada su atención prioritaria ante las esculturas, pero nos cuesta creer lo mismo de R. Corzo, salvo que -en realidad- la escasa documentación material evidenciada en su investigación respondiese mejor a la siempre escasa presencia de los restos de ajuares funerarios, expoliados o no, que a los siempre más abundantes rellenos arqueológicos procedentes de cualquier hábitat.

En este sentido, debemos atender a otro hallazgo poco conocido que quizá aluda a esa necrópolis y que puede manifestar el poco cuidado de la excavación de 1903 para reconstruir con exactitud lo investigado. Consideramos, así, que el caso

69. J. A. PACHÓN y M. PASTOR, "Nuevas aportaciones sobre el origen del poblamiento antiguo de Osuna (Sevilla)", *Florentia Iliberritana*, 3 (1992), pp. 429 ss.

70. M. ALMAGRO-GORBEA, "Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1983, pp. 725-740; *Idem*, "Pilares-estela ibéricos", *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, III, Madrid, 1983, pp. 7-19; I. IZQUIERDO, *Monumentos funerarios ibéricos. los pilares-estela*, SIP, Serie de Trabajos Varios, 98, Diputación Provincial, Valencia, 2000, pp. 97-98.

representado por el reconocimiento actual de aquella estatuilla de bronce no fue algo aislado, sino que responde a la escasa pulcritud con que se hizo la excavación y los trabajos posteriores de su publicación. Es gracias a la misma *Colección Fotográfica de Jorge Bonsor* que hemos conocido la existencia de otro objeto del que tampoco se ha dicho nunca nada y que vuelve a aparecer en otra de las fotografías de ese conjunto gráfico. Se trata de una instantánea de A. Engel de la que se indica que se tomó por alguien desconocido, aunque la fecha que se propone a la fotografía en 1910 debe estar equivocada⁷¹; pero la curiosidad de esta foto⁷² (fig. 10) es la espléndida vasija cerámica que aparece junto al investigador y que -por supuesto- tampoco se publicó después en la memoria de las excavaciones.

Un ejemplar cerámico como el que aquí encontramos, con la conservación que muestra, sólo puede responder lógicamente a su aparición en un contexto funerario y no hay noticias -ni siquiera como en la estatuilla- para pensar que proceda de alguna de las dos tumbas orientalizantes, por lo que sólo cabe pensar que se hallara en otra sepultura diferente. Pero, si Engel y Paris sólo excavaron en la muralla y sus alrededores, la vasija en cuestión sólo pudo salir de ese área y tratarse de una urna u otra vasija de un ajuar funerario, por lo que no es descabellado pensar que este ámbito mortuario fuese el de una necrópolis más amplia, en la que quizás vuelvan a tener sentido las fosas con escaleras excavadas en la roca, tanto en 1903 como en 1973. Con esto, convencidos de que el Garrotal de Postigo fue una necrópolis en tiempos orientalizantes, pretendemos demostrar que también pudo tener una continuidad en su uso funerario hasta tiempos turdetanos. Para ello, como no nos han quedado restos muebles asociados a las posibles tumbas, podemos plantear una hipótesis apoyada en la vasija de la fotografía de Engel y considerar la posibilidad de si se trató de otro elemento orientalizante, o quizá posterior, pero ya relacionable con algunas de las esculturas o relieves de Osuna que también sabemos procedían del Garrotal de Postigo y que pudieron tener un origen igualmente funerario en alguna de las superestructuras que acompañaron a algunos de los conocidos monumentos fúnebres del área ibérica.

71. La foto, por aparecer pegada en un cartón habitual en las fotos comerciales de la época, mostraría que su autor debió ser un fotógrafo profesional, aunque en esta no aparece firma alguna como la de A. Rodríguez que encontramos en otra fotografía de la Colección en la que aparecen Engel y Bonsor. La fecha de 1910 debe ser una adjudicación equivocada de los responsables del catálogo fotográfico, ya que no sabemos que Engel estuviera en Osuna con posterioridad a 1904. El carácter presente de excavación vigente, que trasluce la fotografía, solo puede indicar una fecha como más tarde de este último año en Osuna.

72. *Colección Fotog...*, *op. cit.*, nota 56, nº de catálogo: 1072, negativo 21.5.

La vasija de Engel es un recipiente globular de cuello abocinado, con forma troncocónica invertida y tendencia a exvasarse. De sus características arcillosas, así como de la posibilidad de que estuviese pintada, nada podemos decir evidentemente, pero formalmente estamos ante un recipiente que siguiendo a otros autores podríamos incluir en el grupo 4 de Toya⁷³; este dato, de ser cierta la relación y la nada desdeñable posibilidad de la procedencia de la urna en cuestión del garrotal⁷⁴, haría realidad la continuidad de utilización del mismo como necrópolis. Uno de los paralelos formales más cercanos a la vasija de Engel, es la urna recuperada en la tumba 8 de Castellones de Céal en 1955⁷⁵, que recientemente ha sido vuelta a publicar dentro del contexto necropolar de procedencia⁷⁶ (fig. 11: 5). Los nuevos estudios admiten para este tipo de vasijas, en Andalucía Oriental, una época de uso entre la mitad del siglo V y finales del IV a.C.; pero su presencia en la Baja Andalucía, como podemos comprobar ahora, puede remitirnos también a una utilización cronológica similar.

No resulta entonces muy descabellado relacionar la vasija de Engel con el Garrotal de Postigo, lo que quizás permita enlazar estos hallazgos descontextualizados con algunas de las esculturas más antiguas de Osuna que, halladas en idéntico sitio,

73. J. PEREIRA, "La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional", *Trabajos de Prehistoria*, 36 (1979), pp. 304-306; *Idem*, "La cerámica ibérica de la Cuenca del Guadalquivir, I. Propuesta de clasificación", *Trabajos de Prehistoria*, 45 (1988), pp. 143-173, fig. 6, nº 1.

74. Tenemos que apoyarnos en la referencia comprobada de que las excavaciones de Engel y Paris se realizaron en los garrotales de Postigo y Engel, por lo que solo de allí procederían los objetos hallados. Sí sabemos que se exploraron algunas de las cuevas de la Vereda de Granada, pero no nos queda ninguna referencia en torno a si se produjeron hallazgos en las mismas, cosa que sería más improbable, dado que la mayor parte de los hallazgos que hoy podemos relacionar con ellas son más tardíos. Véase así el posible hallazgo de algunas esculturas en las inmediaciones de la necrópolis rupestre (R. ATENCIA y J. BELTRÁN, "Nuevos fragmentos escultóricos tardorrepúblicanos de *Vrso*", en J. GONZÁLEZ (ed.), *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*, ed. Alfar, Sevilla, 1989, pp. 155-167).

75. C. FERNÁNDEZ CHICARRRO, "Noticiario Arqueológico de Andalucía", *Archivo Español de Arqueología*, 28 (1955), pp. 322-341, fig. 8.3; *Idem*, "Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y la Guardia, II", *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, III (7), (1956), pp. 101-117, lám. VII

76. T. CHAPA, J. PERERIA, A. MADRIGAL y V. MAYORAL, *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*, Colección Arqueología, Junta de Andalucía, Sevilla, 1998, p. 40, fig. 15.5.

se han fechado a partir del siglo III a.C.⁷⁷, pero que nosotros creemos que pueden remontarse algo más en el tiempo. Nos referimos fundamentalmente al toro echado⁷⁸, que curiosamente, por su carácter de sillar de ángulo tallado sólo en dos de sus caras, pudo pertenecer perfectamente a una torre funeraria que nos resulta un arcaísmo difícil de acomodar a las circunstancias socio-culturales del siglo III a.C.

Pero, independientemente de la problemática del conjunto escultórico de los garrotales, la urna de Engel también aboga por la pervivencia de una necrópolis que sabemos ya se utilizaba en los siglos VII-VI a.C., gracias a las dos tumbas orientalizantes. En este sentido, Corzo confirmó en 1973 la existencia de posibles infraestructuras mortuorias excavadas en la roca que vinieron a completar las primeras tumbas exhumadas en 1903⁷⁹; algo que nosotros después corroboramos⁸⁰ e incluso lo ampliamos más tarde, incluyendo alguna de las infraestructuras sacadas a la luz por Engel/Paris⁸¹. Bien es verdad que sólo podemos apoyar nuestras argumentaciones en elementos formales, ya que el relleno arqueológico que acompañaba la fosa rupestre de Corzo no supone un apoyo científico suficiente para aceptar siquiera el siglo VI a.C. que este adujera. En realidad, Corzo se basó para su fecha en un único hallazgo arqueológico: una fibula⁸² que quiso fechar en la sexta centuria a.C.⁸³, pero que es bastante problemática de datar, tratándose de un caso incompleto, sin otro contexto asimilable y características que pueden hacerla mucho más tardía⁸⁴.

77. T. CHAPA, "Los conjuntos escultóricos de Osuna", en *Los Iberos...*, *op. cit.*, p. 228, nota 68; J. BELTRÁN y J. SALAS, "Los relieves de Osuna", en F. CHAVES, (Ed.), *op. cit.*, pp. 235-272, nota 10.

78. Pese a las afirmaciones contrarias que se recogen en las referencias de la nota anterior, la misma Chapa, con los mismos problemas de contextualización ya había esgrimido la posibilidad de fechar este toro a fines del siglo V o en el siglo IV a.C. (T. CHAPA, *La escultura ibérica zoomorfa*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1985, p. 161, Lám. XVI).

79. R. CORZO, *op. cit.*, (1977a), p. 18 ss., nota 8.

80. J. A. PACHÓN y M. PASTOR, "La necrópolis 'ibérica' de Osuna. Puntualizaciones cronológicas", *Florentia Iliberritana*, 1 (1990), pp. 333-340.

81. J. A. PACHÓN, M. PASTOR y P. ROUILLARD, "Estudio Preliminar" a A. ENGEL y P. PARIS, *op. cit.*, (1999), p. LXXVIII ss., fig. 5, nota 5.

82. R. CORZO, *op. cit.*, (1977a), lám. XVIIIb, nota 8.

83. R. CORZO, *op. cit.*, (1977b), p. 14, nota 8.

84. Estos modelos de fibulas abarcan un espectro muy amplio que empezarían en épocas antiguas con ejemplares diversos de resorte bilateral muy desarrollado y puente más complejo y masivo, incluso con pies evolucionados: levantados con apéndice y vueltos; en cambio, la característica fundamental de la fibula de Osuna es su reducido número de espiras, cuatro, además de un arco cilíndrico simple que nos parece correspondería mejor con producciones

Tampoco esto es nada relevante, puesto que el relleno de la cámara de Corzo estaba colmatado -según explica el autor- *a posteriori* y, evidentemente, revuelto, ya que habla de escombros. Hourcade disiente de esto queriendo hacer coetáneas las interpretadas construcciones funerarias con la muralla: así, apoyándose en el esquemático dibujo de los perfiles estratigráficos de Corzo, afirma con reservas que las capas adosadas al interior de la muralla parecen estar en relación directa con los límites de la cámara “funeraria”⁸⁵, olvidándose que el propio Corzo señalaba que a los escombros que rellenan la cámara «...se superponen las capas de piedra y arena caliza que integran el terraplén posterior de la muralla»⁸⁶. Por lo que, al menos, el terraplén sería posterior a las habitaciones mortuorias que se le infraponen.

Todos estos detalles creemos que siguen mostrando en Osuna la existencia de una necrópolis anterior a la edificación de la muralla Engel/Paris. Iniciada en tiempos orientalizantes, pudo continuar hasta el siglo IV a.C., o incluso después, si somos capaces de relacionar directamente los relieves escultóricos más recientes con actividades funerarias más tardías. La muralla en sí, después de las indicaciones del estudio de D. Hourcade, es posible que deba adelantar su construcción a tiempos prerromanos, pero siempre a partir del momento de abandono del espacio fúnebre, cosa que ya no sabemos si se hizo de forma voluntaria o forzada por algún acontecimiento histórico de finales del primer milenio a. C., como la Segunda Guerra Púnica. A ella podría también apuntar la más que probable utilización en la construcción de la muralla Engel/Paris de un codo púnico de 50 cm.

bastante más recientes.

85. D. HOURCADE, *op. cit.*, p. 308, nota 6, nota 27.

86. R. CORZO, *op. cit.*, (1977a), p. 22, nota 8.

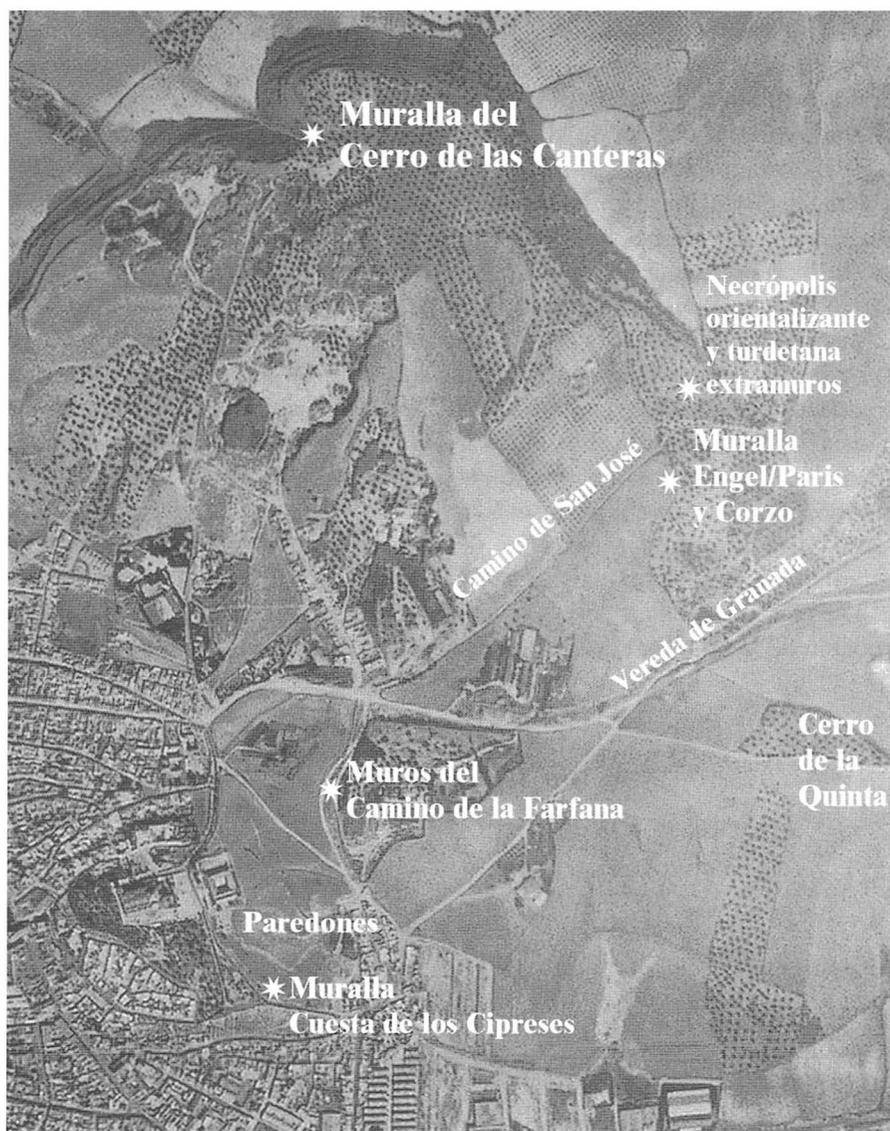


Figura 1.- Vista aérea del entorno arqueológico de Osuna con los lugares más citados en el texto.



Figura 2. - Aspecto actual del paramento exterior de una de las torres de la muralla Engel/Paris.



Figura 3. - Restos de una posible torre en la muralla que circunda el Cerro de las Canteras.

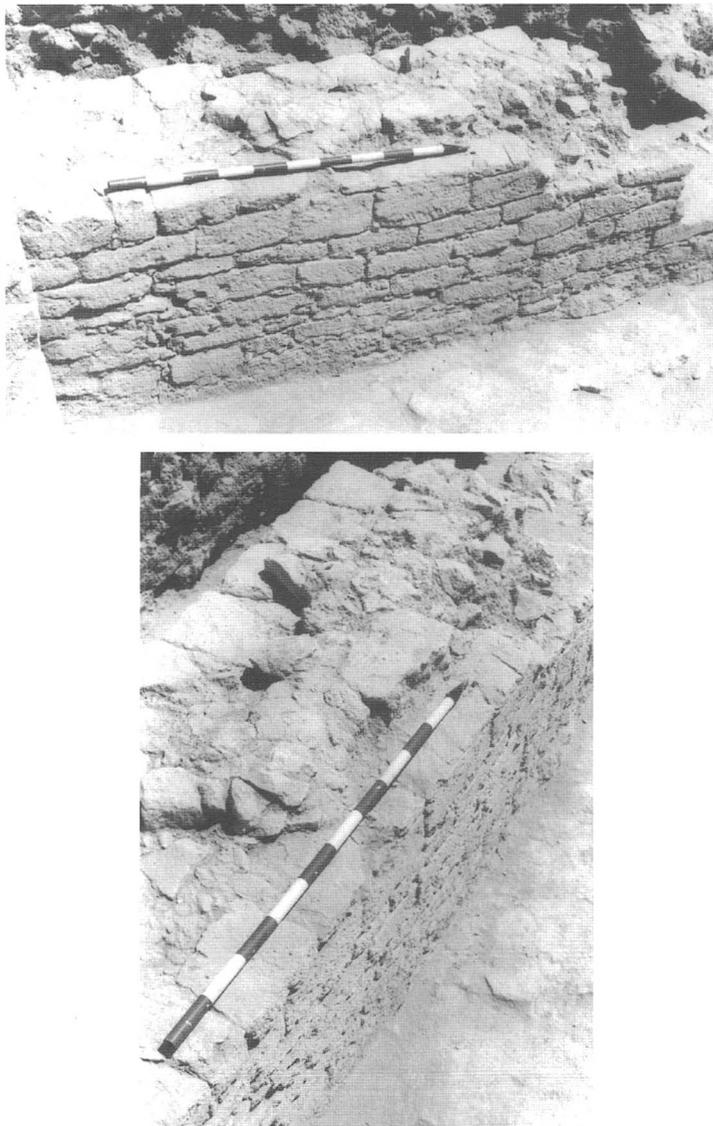


Figura 4.- Detalle parcial de uno de los muros interiores de la estructura descubierta en el Camino de la Farfana.

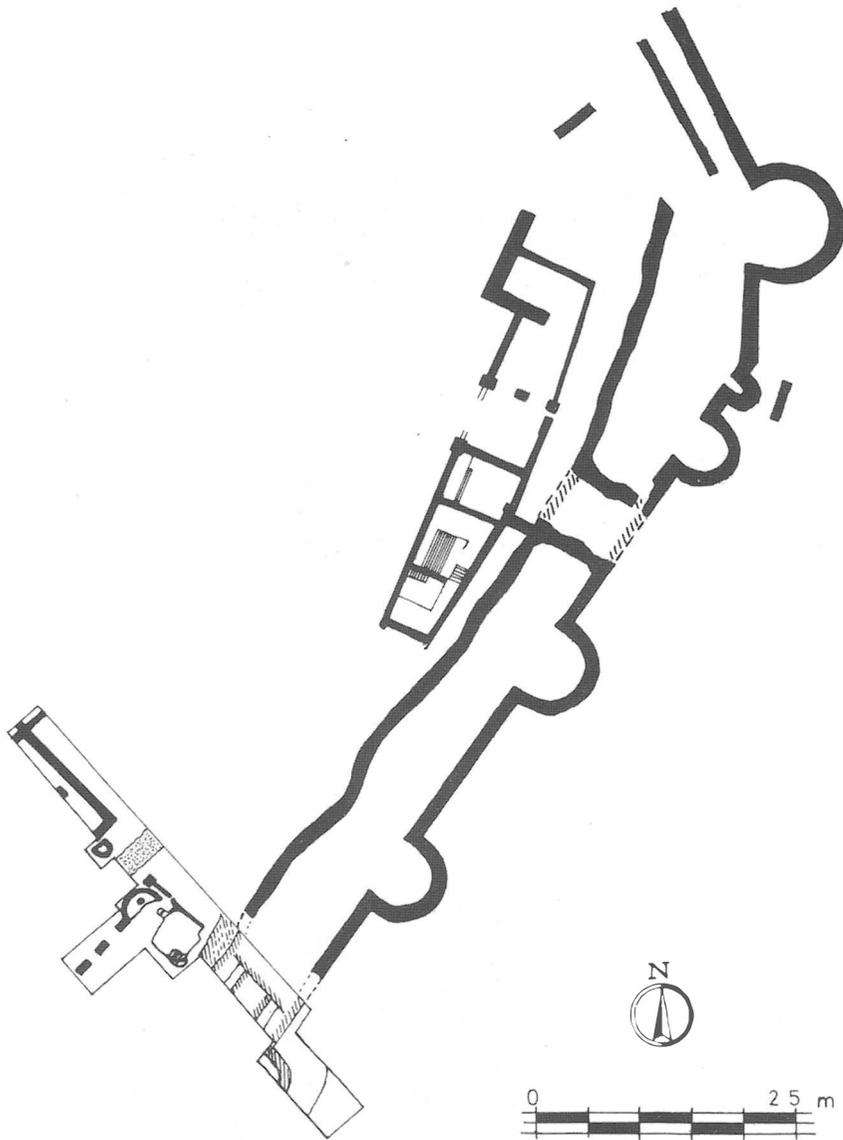


Figura 5.- Plano general del muro Engel/Paris con indicación de las excavaciones de 1973, a partir de un original de R. Corzo.

Flor. II., 16 (2005), pp. 383-423.



Figura 6. - Dos vistas del Camino de San José con la entalladura (¿puerta?), desde oriente, en el cambio de vertiente que sostiene la muralla Engel/Paris.

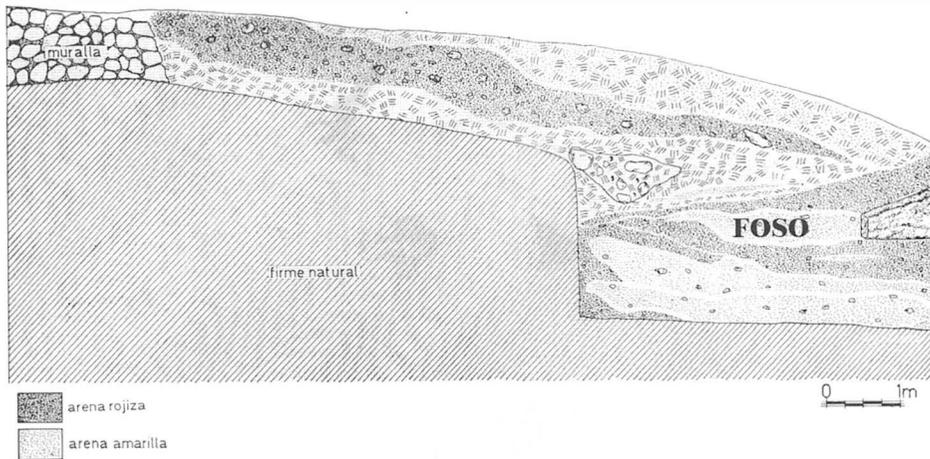
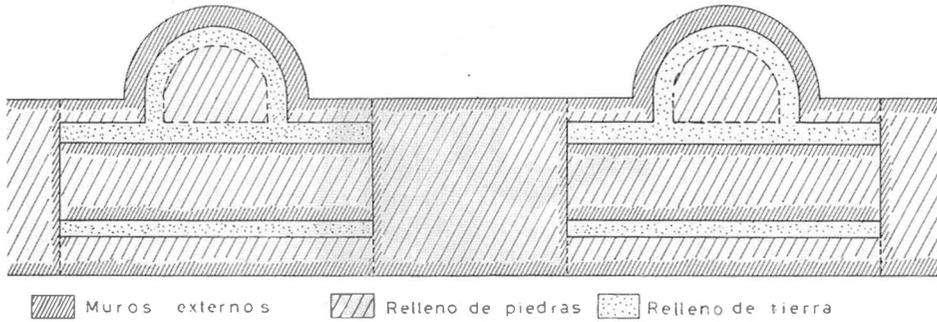


Figura 7.- Arriba: Estructura de la muralla Engel/Paris, según R. Corzo. Abajo: Perfil estratigráfico parcial de la excavación de 1973, con indicación del foso ante la muralla, a partir de un original de Corzo.



Figura 8.- Figurilla de bronce procedente de la tumba A excavada por Engel/Paris, según la *Colección Fotográfica de Bonsor*, Junta de Andalucía.

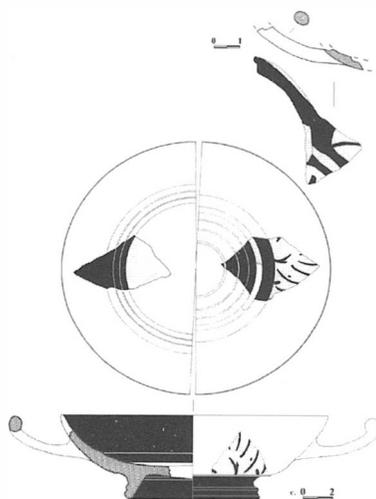


Figura 9.- Fragmento y reconstrucción de una de las dos cíclicas áticas de figuras rojas recuperadas en una de las necrópolis turdetanas de *Urso*. Museo Arqueológico de Osuna.



Figura 10.- Arthur Engel en Osuna, durante las excavaciones de 1903. Colección Fotográfica de Bonsor, Junta de Andalucía.

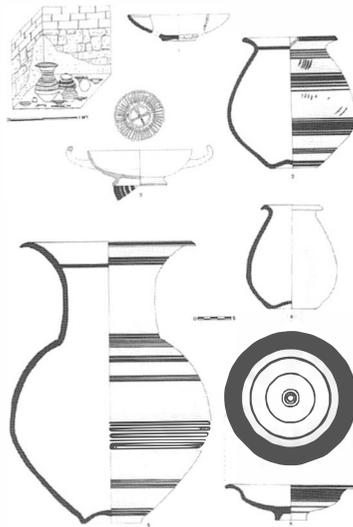


Figura 11.- Tumba y ajuar correspondiente a la tumba 8 de Castellones de Céal, según T. Chapa, J. Pereira, A. Madrigal y V. Mayoral.